Los Papalagi

Tuiavii de Tiavea

Introduccion de Erich Scheurmann

El escritor llama a estos discursos Los Papalagi, que significa los Hombres Blancos o los Caballeros. Estos discursos de Tuiavii de Tiavea no habían sido pronunciados aún, pero el extracto había sido escrito en el idioma nativo, del cual se hizo la primera traducción alemana.

Tuiavii nunca tuvo la intención de publicar sus discursos para el lector occidental, ni en ningún otro lugar: iban estrictamente dirigidos a su pueblo polinesio. Sin embargo, sin su consentimiento y con clara transgresión de sus deseos, me he tomado la libertad de someter estos discursos de un nativo polinesio a la atención del lector occidental, convencido de que para la gente blanca con nuestra civilización merece la pena averiguar cómo nos ve a nosotros y a nuestra cultura un hombre que aún está estrechamente ligado a la naturaleza.

A través de sus ojos nos miramos y nos vemos desde un punto de vista que de ningún otro modo podríamos percibir. Ciertamente habrá gente, especialmente monstruos culturales, que juzgarán su visión infantil, quizás incluso ignorante; pero aquéllos que tenéis más mundo y sois más humildes, seréis movidos a la reflexión y a la autocrítica por mucho de lo que se os va a decir. Porque su sabiduría es el fruto de la simplicidad, la mayor de las gracias que Dios puede conceder a un hombre, mostrándole las cosas que la ciencia no consigue comprender.



Estos discursos son un llamamiento a todos los pueblos del Pacífico Sur para que corten sus ataduras con la gente iluminada del tronco europeo, como se les llama. Absorto en esto, Tuiavii, el despreciador de los europeos, se mantuvo firme en la convicción de que sus antepasados habían cometido un grave error dejándose atraer por la cultura europea. El es como la doncella de Fagaasa, que sentada en lo alto de un acantilado vio venir a los primeros misioneros blancos y con su abanico les hizo señas para que se fueran: «¡Fuera, demonios criminales!». Él también vio a Europa como a un demonio oscuro, el gran deshojador, del que el género humano debe protegerse si quiere permanecer tan puro como los dioses.

Cuando me encontré por primera vez con Tuiavii, él llevaba una vida pacífica, apartado del mundo occidental en su diminuta isla fuera de camino llamada Upolu, una de las islas samoanas, en el poblado de Tiavea, del cual era jefe. La primera impresión que me dio fue la de un gran gigante de corazón amable. A pesar de que medía casi 1'90 metros y de que era robusto como una casa de ladrillos, su voz era suave y delicada como la de una mujer, y sus enormes y penetrantes ojos, sombreados por espesas cejas, tenían una mirada levemente despreocupada. Cuando les hablabas, se iluminaban y delataban a su corazón, cálido y soleado.

En ningún hábito exterior era Tuiavii marcadamente diferente de sus hermanos. Bebía kava (Bebida popular de Samoa, hecha de raíces de la planta de IkIlá-11 7,111) iba al loto (Servicio religioso) por la mañana, comía plátanos, toras y yams y observaba todas las costumbres nativas y ritos. Sólo sus más íntimos amigos sabían qué estaba hirviendo en el interior de su cabeza, luchando para llegar a la luz, cuando se tumbaba, soñando, en la estera de su casa. En general el nativo vive como un niño, puramente en el mundo visible, sin interrogarse siquiera sobre sí mismo o sobre su entorno; pero Tuiavii tenía un extraordinario carácter.

Se había elevado sobre sus compañeros, porque vivía conscientemente y por eso poseía esa exigencia interior que nos separa de las gentes primitivas, más que cualquier otra cosa. Debido a su ser, propio de esta clase de hombres, Tuiavii deseaba conocer más de esa lejana Europa. Ese deseo ardía en su interior desde los días escolares en la misión marista, y solamente fue satisfecho cuando llegó a adulto.

Se unió a un grupo de etnólogos que volvían tras acabar sus estudios y, visitó uno tras otro, la mayoría de los estados de Europa, donde llegó a conocer su cultura y peculiaridades nacionales. Una y otra vez me maravilló la exactitud con que recordaba hasta los más pequeños detalles. Tuiavii poseía en alto grado el don de la observación sobria e imparcial. Nada podía ofuscarle; nunca se permitía ser apartado de la verdad por palabras. En realidad lo vio todo desde su originalidad, aunque a lo largo de su visita nunca pudo abandonar su propio punto de vista.

Fui su vecino durante algo más de un año, siendo un miembro de la comunidad de su pueblo, pero Tuiavii sólo me tomó como confidente cuando llegamos a ser amigos. Después de haber superado, incluso olvidado, al europeo que hay en mí, cuando él se hubo convencido de que yo estaba maduro para su sabiduría sencilla y de que no me reiría de él (algo que nunca hice), solamente entonces decidió que merecía la pena que escuchara algunos fragmentos de sus escritos.

Me los leyó en voz alta, sin ningún patetismo, como si fuera una narración histórica. Aunque solamente fuera por esa razón, lo que estaba diciendo trabajaba en mi mente y daba origen al deseo de retener las cosas que había oído. Sólo mucho después me confió Tuiavii sus notas y me dio permiso para traducirlas al alemán. Pensó que yo quería usarlas para mis estudios personales y nunca supo que la traducción sería publicada, como sucedió.

Todos estos discursos no son más que toscos borradores y juntos no forman un libro bien escrito. Tuiavii no los ha visto nunca en ninguna otra forma. Solamente cuando tuvo todo el material archivado cuidadosamente en su cabeza y todas las ideas claras, quiso empezar su "misión", como él la llamaba, entre los polinesios. Yo tuve que abandonar las islas antes de que empezase su informe.

Aunque me he sentido obligado a hacer la traducción tan literal como me fuera posible y no he alterado ni una sílaba en la composición de los discursos, me doy cuenta de que la original franqueza y el extraordinario vocabulario han sufrido profundamente. Cualquiera que haya intentado alguna vez transformar algo de un idioma primitivo a uno moderno, reconocerá inmediatamente los problemas que se plantean al reproducir la expresión infantil de modo que no parezca estúpida o disparatada. Tuiavii, el inculto habitante de la isla, consideró la cultura europea como un error, un camino a ninguna parte.

Esto sonaría un poco pomposo si no estuviera dicho con la maravillosa simplicidad que traicionaba el lado débil de su corazón. Es verdad que pone en guardia a sus compatriotas y les dice que se libren de la dominación europea pero al hacerlo su voz se llena de tristeza y delata que su ardor misionero nace de su amor por la humanidad, no del odio. **«Vosotros, compañeros, pensáis que podéis mostrarnos la luz", me dijo cuando estuvimos juntos por última vez, pero «lo que realmente hacéis es tratar de arrastrarnos a vuestra charca de oscuridad".**

Él miraba el ir y venir de la vida con honestidad de niño y amor por la verdad, y por eso encontraba discrepancias y defectos morales que, y al acumularlos en su memoria, se convirtieron en lecciones de vida. No entiende dónde radica el mérito de la cultura europea, que alinea a su propia gente y los hace falsos, artificiales y depravados. Cuando resume lo que la civilización nos ha aportado, empezando por nuestro aspecto, descrito como el de un animal cualquiera; lo llama por su propio nombre, con una actitud muy antieuropea e irreverente, describiéndonos de forma incompleta pero correcta, de manera que acabamos sin saber quién es el que ríe, el pintor o su modelo.

En esta aproximación infantil a la realidad, a corazón abierto, reside, pese a su falta de respeto, el verdadero valor para nosotros los occidentales de los discursos de Tuiavii; por eso siento que su publicación está justificada. Las guerras mundiales nos han convertido en occidentales escépticos con nosotros mismos; empezamos a preguntarnos sobre el valor intrínseco de las cosas y a dudar de si podemos llevar a cabo nuestros ideales a través de nuestra civilización.

Por ello deberíamos considerar que no estamos, quizá, tan civilizados y descender de nuestro nivel espiritual al pensamiento de este polinesio de las islas de Samoa, que no está aún agobiado por una sobredosis de educación, que es todavía original en sus

sentimientos y pensamientos y que quiere explicarnos que hemos matado la esencia divina de nuestra existencia, reemplazándola por ídolos.

Erich Scheurmann

NOTA DE LOS EDITORES:

LOS PAPALAGI son una colección de discursos escritos por un jefe del Pacífico Sur, Tuiavii de Tiavea, y destinados a su gente. Aparecieron por primera vez en una edición alemana durante la segunda década de este siglo, en una traducción realizada por su amigo Erich Scheurmann. Erich Scheurmann los arregló para que su editorial, De Voortgank, los publicara en lengua holandesa en 1929.

LOS PAPALAGI son un estudio crítico orientado antropológicamente, en el que se describe al hombre blanco y su modo de vida. Al leerlo se debe tener en cuenta que está compuesto de discursos dirigidos a los nativos de las islas del Mar del Sur, que habían tenido todavía pocos o ningún contacto con la civilización del hombre blanco.

En la preparación de esta edición se ha seguido el texto holandés de 1929 y la traducción inglesa de Martín Beumer; a pesar de las faltas de ortografía y de estilo, inevitables en las distintas versiones del original samoano –no se ha podido encontrar la primera versión del alemán al holandés-, creemos que no le restarán amenidad y, por otro lado, no dañarán su claridad y originalidad.

COMO CUBREN LOS PAPALAGI SU CARNE O SUS NUMEROSOS TAPARRABOS Y ESTERAS

Los Papalagi están siempre cavilando cómo cubrir su carne del mejor modo posible. Un blanco, que tenía mucha influencia y estaba considerado muy sabio, me dijo: «el cuerpo y todos sus miembros son carne; es a partir del cuello donde empieza la verdadera persona». Creía que sólo la parte del cuerpo que alberga con sus atributos buenos y malos merece nuestra atención, refiriéndose a la cabeza, naturalmente. Los blancos dejan descubierta la cabeza y algunas veces las manos. Sin embargo, la cabeza y las manos están hechas de carne. Quienes que muestran algo más de su carne no pueden alcanzar una perfecta imagen moral.

Cuando un joven toma a una mujer para que sea su esposa, no puede estar seguro de que le va a agradar, porque antes de esta ocasión nunca ha visto su cuerpo'. Cada muchacha cubre su cuerpo, aunque tenga la figura de la más bella Taopou (Reina de Mayo), de modo que nadie puede ver y disfrutar de tan espléndida visión. La carne es pecado. Esto es lo que los Papalagi dicen, porque para ellos sólo el espíritu cuenta. El brazo que se alza a la luz del sol para lanzar un venablo... es una flecha de pecado.

El pecho al que las olas del aire envuelven, es una casa donde el pecado vive. Los miembros, con los que la doncella ofrece el siva3, son pecadores. Y con toda seguridad, aquellas partes del cuerpo dedicadas a hacer nueva gente y a deleitar al mundo con ellas, ¡están llenas de pecado! Todo lo que se considera carne es un pecado. Hay un veneno viviendo dentro de cada músculo, un veneno traidor que salta de una persona a otra. Aquellos que miran la carne absorben el veneno, son heridos por él y se convierten en seres tan depravados como los que la estaban enseñando. Esto es lo que la sagrada moral de los blancos nos dice.

Ésta es la razón por la que el cuerpo de los Papalagi va enteramente cubierto de taparrabos, esteras y pellejos de animales, tan herméticamente ajustados que ni siquiera un ojo humano ni los rayos del sol son capaces de penetrarlos, tan apretados que su cuerpo se vuelve de un blanco descolorido y parece cansado como una flor que crece en el bosque bajo pesados árboles.



¡Oíd cuán pesadas cargas lleva un solo Papalagi en su cuerpo, vosotros hermanos, los más elegantes de muchas islas! Para empezar, el cuerpo desnudo se envuelve con una piel blanca y gruesa, hecha de las fibras de una planta, y llamada sobrepiel. Se lanza arriba al aire, y luego se deja caer deslizándola hacia abajo por la cabeza, el pecho por encima de los brazos hasta las caderas. De abajo a arriba, desde las piernas y caderas hasta el ombligo, se lleva otra de estas sobrepieles (camisetas). Estas dos pieles están cubiertas por una tercera que es más gruesa. Una piel tejida con los pelos lanosos de un animal de cuatro patas, especialmente criado para este propósito. Esto es el verdadero taparrabos. Usualmente se compone de tres partes: la primera cubre la parte superior del cuerpo; la segunda, la sección media; y la tercera, las caderas y las piernas. Las tres partes están unidas por conchas y cuerdas hechas con savia seca del árbol del caucho, por eso dan la impresión de ser una sola pieza. Normalmente este taparrabos tiene el tono la gris de la laguna durante el húmedo monzón. No puede ser nunca totalmente de colores, como máximo la parte media, y entonces sólo la lleva la gente que tiene mala reputación y a la que le gusta perseguir al otro sexo.

Finalmente, alrededor de los pies se atan una piel tal moldeable como recia. Normalmente la piel suave es elástica y se moldea bien a la forma del pie, pero la dura no lo hace en absoluto. **Están hechas de gruesos pellejos de animal que han sido puestos en remojo, deshollados con navaja, golpeados y colgados al sol tanto tiempo que se han endurecido y curtido. Usando esto, los Papalagi construyen una especie de canoa con los lados altos, lo suficientemente grande para que el pie se ajuste. Una canoa para el pie izquierdo y otra para el derecho. Estos pequeños «piesbarcos» están sujetos alrededor de los tobillos con cuerdas y garfios para contener el pie dentro de una fuerte cápsula, como el caracol en su casa.** Los Papalagi llevan estas pieles desde el amanecer al ocaso, los llevan incluso de malaga4 y cuando bailan, los llevan incluso cuando hace tanto calor como antes de una tormenta de lluvia tropical.

Esto va contra la naturaleza y también lo entiende así el hombre blanco; cansa sus pies hasta que parecen muertos y apestados, y como que han perdido la habilidad de agarrar cosas o de trepar a los árboles, los Papalagi tratan de esconder su vergüenza embadurnando el pellejo animal, que originalmente parecía rojo, con una especie de grasa que lo hace brillar después de extenderla frotando. Resplandecen con tanto brillo que a duras penas pueden los ojos soportar el destello y tienen que desviar la mirada.

Vivió una vez allí, en Europa, un Papalagi que se hizo famoso y al que mucha gente acudía porque les decía que no era bueno llevar estos pellejos ajustados y pesados alrededor de los pies; en cambio caminar descalzo bajo el cielo abierto, mientras el

rocío de la noche todavía yace sobre los campos, hace que todas las enfermedades desaparezcan de ti. Ese hombre era muy sabio y de muy buena salud, pero la gente se rió de él y pronto fue olvidado.

Al igual que el hombre, la mujer también lleva esteras y taparrabos ajustados a su cuerpo y tobillos; por eso su piel está llena de cicatrices y cardenales. Sus senos se han vuelto flácidos por la presión de una estera que atan alrededor del pecho, desde la garganta hasta la parte baja del cuerpo y también alrededor de la espalda, con un apuntalamiento suplementario de espinas de pescado, alambre de hierro y cuerdas. La mayoría de las madres dan a sus hijos leche de un tubo de vidrio que se cierra por la parte de abajo y que tiene una tetilla artificial sujeta a la parte superior. Y no siempre dan su propia leche, sino la leche de un animal feo con cuernos que ha sido sacada tirando fuertemente de sus cuatro pezones del vientre.

Sin embargo, es común que los taparrabos de las hembras sean más finos que los de los machos, y con más colorido y atractivo. Algunas veces se permite que la carne de los brazos y de la garganta asome, enseñando de este modo más carne que los machos. No obstante, se considera virtuoso que una chica se mantenga completamente cubierta y entonces la gente dice: «ella es casta», lo que significa que sigue las reglas del comportamiento decente.

Por esto nunca he entendido por qué está permitido que mujeres y muchachas muestren la carne de sus espaldas y cuello en las grandes fonos sin caer en desgracia. Quizás en ello resida la gran atención de la fiesta, en que las cosas que han estado prohibidas todo el tiempo, se permiten ahora. Los hombres siempre mantienen sus torsos y cuellos completamente cubiertos. Desde sus gargantas hasta sus pectorales, los alii (Caballeros) llevan un taparrabos enyesado del tamaño de un aro blanco, también atiesado con yeso, y arrollado al cuello. A través del aro, él hace salir una pieza de tela con colores doblada como la cuerda de un bote; está atravesada por una aguja de oro o una perla, y cuelga a lo largo del escudo blanco. Muchos Papalagi también llevan aros de yeso alrededor de las muñecas, pero nunca en los tobillos.

Este escudo y aros blancos son muy importantes. ¡Un Papalagi nunca se presentaría ante una mujer sin sus ornamentos en el cuello! Si ese aro se volviera sucio y no brillase, sería aún peor. Por esa razón los alii de alta cuna cambian sus corazas y anillos de yeso cada día.

Por su parte, la mujer tiene muchas ropas de todos los colores, a menudo llenando un gran número de canastas, y la mayoría de sus pensamientos están dedicados a la elección de qué taparrabos llevar y cuándo, si debe llevar uno largo o uno corto, y habla apasionadamente sobre los abalorios que supone van de acuerdo con la prenda; el hombre sólo tiene un traje de fiesta y rara vez habla sobre él. Éste es el llamado ropaje del pájaro: un largo taparrabos negro que mengua en un punto de la espalda, como el rabo de un loro en la selva (Traje formal de noche). Con este traje ceremonial, las manos también tienen que ser cubiertas con pieles blancas, pieles que han de ser metidas en los dedos y están tan ajustadas que hacen que la sangre se encienda y hormiguee en la cabeza. A los hombres inteligentes se les permite, por consiguiente, llevarlos en una mano o ponerlos en el taparrabos cercano a la glándula del pecho.

Cuando un hombre o una mujer dejan su choza y salen a la calle, se envuelven en otra ropa muy ancha, que puede ser más gruesa o más fina, depende de cuánto brille el sol. Entonces cubren también sus cabezas. Los hombres, con un recipiente para beber, negro y rígido, que es redondo y hueco como los techos de nuestras chozas samoanas. Las mujeres llevan grandes cesterías de mimbre o canastas invertidas, plumas, tiras de tela, cuentas y otras clases de abalorios. Estos cubre-cabezas se parecen mucho al tuigas de una Taopou,

excepto que son mucho más bellos y no se caen durante una tormenta o mientras se baila. Cuando se encuentran con alguien, los hombres blanden sus pequeñas cabezaschozas, mientras que las mujeres únicamente inclinan sus cargadas cabezas muy lentamente, como un bote que está sobrecargado.

Sólo por la noche, cuando el Papalagi va a la cama, se quita de verdad todos sus taparrabos, aunque sólo para reemplazarlos inmediatamente por otro que se abre por la parte de abajo y deja los pies desnudos. Por la noche usualmente las mujeres y muchachas llevan una tela que tiene preciosos bordados en el cuello, aunque rara vez se muestran mientras la llevan. Tan pronto como el Papalagi yace en su estera, se cubre hasta el cuello con las plumas del estómago de un gran pájaro, envueltas por una enorme pieza de tela que impide que vuelen esparciéndose. Estas plumas hacen sudar al cuerpo y contribuyen a que el Papalagi crea que yace al sol, aun cuando no brille en absoluto. **Curiosamente por el verdadero sol tienen muy poco interés.**

Se entiende fácilmente que haciendo todo esto el cuerpo de los Papalagi se vuelva de un blanco pálido y carezca del color de la alegría. Pero eso es lo que en realidad le gusta al hombre blanco. En especial las muchachas están continuamente alertas para proteger su piel de la gran luz que podría quemarla y enrojecerla. Tan pronto como salen al sol sostienen un gran toldo sobre su cabeza. ¡Como si la palidez de la luna fuera más bonita que el color del sol! Los Papalagi prefieren hacer estas cosas a su modo y están siempre redactando leyes para respaldar sus puntos de vista.

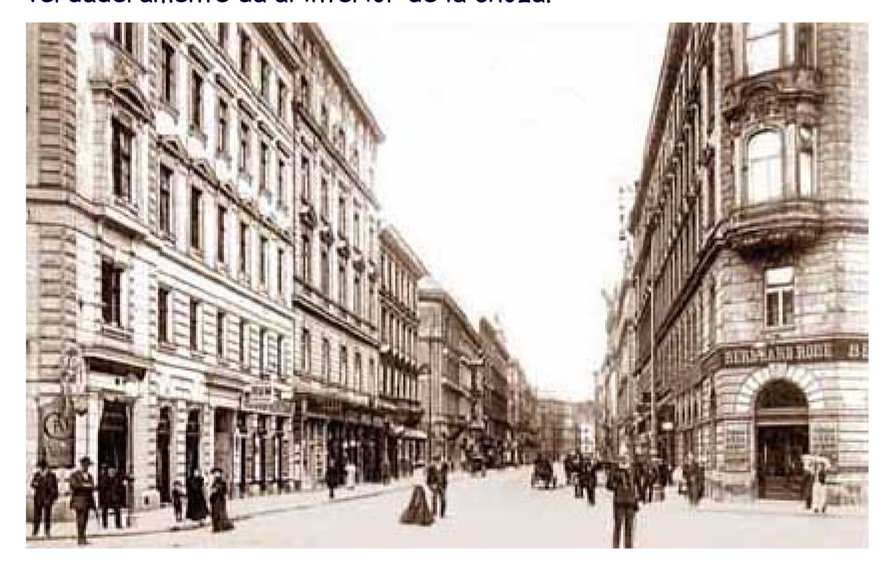
Aunque sus narices sean tan agudas como los dientes del tiburón, ello no significa necesariamente que sean más bellas que nuestras narices, que son redondas y suaves. ¿Creemos que son feos porque pensamos de modo distinto sobre todo esto? Como los cuerpos de las mujeres y muchachas están siempre cubiertos, vive dentro de los hombres el profundo deseo de ver su carne. Algo que uno puede muy bien imaginar. Tienen eso en su mente día y noche, y hablan mucho del cuerpo femenino de tal modo que vosotros pensaríais cómo una cosa tan bella y natural puede ser pecado y debe esconderse en la oscuridad. Sólo si empezaran a enseñar esa carne podrían centrar su atención en otras cosas y sus ojos cesarían de murmurar palabras sucias cuando pasa una chica.

¿Podéis imaginar mayor locura, amigos míos que se considere la carne como un pecado, un aitu (Espíritu maligno, demonio)? Si tuviéramos que creer al hombre blanco, compartiríamos su deseo de que nuestra carne se convirtiera en lava congelada, sin el calor benéfico que brota del interior. Sin embargo, nosotros queremos seguir divirtiéndonos, seguir comunicándonos a través de nuestros cuerpos con el sol, guardando nuestra habilidad de correr como caballos salvajes, porque estamos desembarazados de taparrabos y no tenemos pielesprotege-pie que nos hagan retrasar los pasos y no nos preocupamos de las cubiertas cayendo de nuestras cabezas. Disfrutemos de la vista que nos ofrece una doncella esbelta de cuerpo y con los miembros brillando al sol, o también bajo la luna. El hombre blanco que tiene que cubrirse tanto para esconder su vergüenza está loco, ciego y no siente los verdaderos placeres de la vida.

CANASTAS DE PIEDRA, ISLAS DE PIEDRA, GRIETAS Y LAS COSAS QUE HAY EN ELLAS

Los Papalagi viven como los crustáceos, en sus casas de hormigón. Viven entre las piedras, del mismo modo que un ciempiés; viven dentro de las grietas de la lava. Hay piedras sobre él, alrededor de él y bajo él. Su cabaña parece una canasta de piedra. Una canasta con agujeros y dividida en cubículos.

Sólo por un punto puedes entrar y abandonar estas moradas. Los Papalagi llaman a este punto la entrada cuando se usa para entrar en la cabaña y la salida cuando se deja, aunque es el mismo y único punto. Atada a este punto hay un ala de madera enorme que uno debe empujar fuertemente hacia un lado para poder entrar. Pero esto es sólo el principio; muchas alas de madera tienen que ser empujadas antes de encontrar la que verdaderamente da al interior de la choza.



En la mayoría de estas cabañas vive más gente que en un poblado entero de Samoa. Por consiguiente, cuando devuelves a alguien la visita, debes saber el nombre exacto de la aigal que quieres ver, ya que cada aiga tiene su parte propia en la canasta de piedra para vivir: la superior o la inferior, la central o la de la derecha, la izquierda o la de enfrente. A menudo, un aiga no sabe nada de la otra aiga, aunque sólo estén separadas por una pared de piedra y no por Manono, Apolina o Sauaii (Tres islas pertenecientes al grupo de Samoa).

Generalmente, apenas conocen los nombres de los otros y cuando se encuentran en el agujero por el que pasan furtivamente, se saludan con un corto movimiento de la cabeza o gruñen como insectos hostiles, como si estuvieran enfadados por vivir tan cerca.

Cuando un aiga vive en la parte más alta de todo, justo debajo del tejado de la choza, el que quiera visitarlos debe escalar muchas ramas que conducen arriba, en círculo o en zig-zag, hasta que se llega a un sitio donde el nombre de la aiga está escrito en la pared. Entonces, ve delante de sus ojos una elegante imitación de una glándula pectoral femenina, que cuando la aprieta emite un grito que llama a la aiga. La oiga mira por un pequeño atisbadero para ver si es un enemigo el que ha tocado la glándula; en ese caso, no abrirá. Pero si ve

a un amigo, desata el ala de madera y abre de un tirón. Así el invitado puede entrar en la verdadera cabaña a través de la abertura.

Incluso esta cabaña está dividida por paredes de piedra en pequeños cubículos. Para pasar de una parte a otra, entras en cubículos cada vez más pequeños. Cada cubículo, llamado habitación por los Papalagi, tiene un agujero en la pared, y los mayores a veces tienen dos o tres para dejar pasar la luz. Estos agujeros están tapados con una pieza de vidrio que puede ser movida cuando ha de entrar aire fresco en la habitación, lo cual es muy necesario. Hay también muchos cubículos sin agujeros para la luz y el aire.

La gente como nosotros se sofocaría rápidamente en canastas como éstas, porque no hay nunca una brisa fresca como en una choza samoana. Los humos de las chozas-cocina tampoco pueden salir. La mayor parte del tiempo el aire que viene de afuera no es mucho mejor. Es difícil entender que la gente sobreviva en estas circunstancias, que no se conviertan por deseo en pájaros, les crezcan las alas y vuelen para buscar el sol y el aire fresco. Pero los Papalagi son muy aficionados a sus canastas de piedra y ni siquiera sienten lo malas que son.

Cada cubículo tiene su propia función. El mayor y mejor iluminado sirve a la familia para el fono3 y la recepción de invitados, y otro cuarto está reservado para dormir. Allí yacen las esteras para dormir, o mejor dicho, están extendidas sobre un andamiaje de madera que se levanta sobre altas patas, de modo que el aire circula bajo las esteras. Un tercer cubículo se usa para ingerir comida y producir olas de humo. En el cuarto se guarda la comida, el quinto está usado para su preparación y el último cubículo, el más pequeño, se usa para bañarse. Ésta es la habitación más bonita. En las paredes están colgados espejos, el suelo está decorado con llamativas baldosas y en el centro se yergue un enorme recipiente, hecho de metal o piedra y lleno de agua, caldeada o no. A este recipiente, quizá más grande que la tumba de un rey, sube el Papalagi para lavarse y quitarse las arenas de las canastas de piedra. Naturalmente hay canastas con incluso más cubículos. En algunas cada niño tiene también su propio criado, e incluso sus perros y caballos.

Entre estas canastas, los Papalagi pasan su vida entera. Ahora en una canasta, después en otra, dependiendo de la posición del sol. Sus niños crecen en el interior de estas canastas, por encima del suelo, más arriba que la palmera más alta. De vez en cuando los Papalagi dejan sus canastas privadas, como ellos las llaman, para ir a una canasta donde hacen sus trabajos y no quieren ser molestados por la presencia de esposa y niños. Mientras tanto, las mujeres y las muchachas están atareadas en la cabaña-cocina preparando los platos, abrillantando las pieles de los pies o lavando taparrabos. Cuando son lo suficientemente ricos para mantener criados, entonces éstos hacen el trabajo, mientras ellos van devolviendo visitas o salen a comprar comida fresca.

Tanta gente como hay viviendo en Samoa, vive de este modo en Europa, y quizás incluso más. Con todo, hay poca gente que anhele el sol, la luz y los bosques, pero como norma esto se considera una enfermedad contra la cual uno tiene que defenderse. Cuando uno se siente infeliz en esta vida pedregosa, los demás dicen que no es natural, con lo que dan a entender que él no sabe lo que Dios ha querido que fuera.

Actualmente estas canastas se yerguen a menudo unas cerca de otras, en enormes cantidades, ni siquiera separadas por una palmera o un arbusto, como la gente de pie, hombro contra hombro. Dentro de cada canasta vive tanta gente como habitantes hay en un pueblo entero de Samoa. Y directamente enfrente, sólo a un tiro de piedra, una

segunda fila de canastas aparece, también hombro contra hombro y con gente viviendo en su interior. Por consiguiente, entre las dos filas hay apenas una grieta estrecha que los Papalagi llaman calle. Algunas veces estas grietas son tan largas como ríos y están cubiertas de duras piedras. Uno tiene que andar hasta muy lejos para encontrar un lugar abierto, y en este lugar abierto confluyen muchas otras grietas.

Éstas también son largas como riachuelos de agua fresca e intercomunicadas por grietas de igual longitud. Durante días sin fin puedes caminar por estas grietas sin salir a un bosque o ver un poco de cielo azul. Mirando hacia arriba desde estas grietas, difícilmente puedes ver un poco de espacio claro, porque dentro de cada choza arde como mínimo un fuego y la mayor parte del tiempo muchos a la vez. Por eso los firmamentos están siempre llenos de humos y cenizas, como después de una erupción del volcán en Sauaü. Las cenizas llueven sobre las grietas, por eso las canastas de piedra han tomado el color del barro de los pantanos de mangle y la gente tiene hollín negro en el ojo y el pelo, y arena entre los dientes.

A pesar de todo, los Papalagi caminan entre estas grietas desde la mañana hasta la noche. Hay algunos que incluso lo hacen con cierta pasión. He visto grietas en las que había agitación todo el tiempo y por las que una masa de gente fluía como grueso estiércol húmedo. Han construido en estas calles enormes cajas de cristal en las que toda clase de cosas están expuestas, cosas que el Papalagi necesita para vivir: taparrabos, pieles para pies y manos, ornamentos para la cabeza, cosas de comer, carne y también frutas reales y legumbres, y muchas otras cosas más. Estas cosas están expuestas para que todo el mundo puede verlas y además aparecen muy tentadoras. Pero no se permite a nadie coger nada de allí, aunque lo necesite con urgencia, hasta después de pedir permiso y de hacer un sacrificio.

Hay muchas grietas en las que el peligro acecha por todas partes, porque la gente no sólo camina una contra otra, sino que se embisten también desde dentro de enormes cajas de vidrio que se deslizan en correderas de metal. Hay un ruido tremendo. Nuestras orejas empiezan a silbar a causa de los caballos que golpean el pavimento con sus pezuñas y de la gente que patea con fuerza con sus pieles de los pies; a causa de los niños berreando y de los hombres chillando. Y todos ellos gritan, por alegría o por miedo. Es imposible hacerte oír, a menos de que grites tú también. Hay un repiqueteo, retumbar, crujir y aporrear continuo, como si estuvieras de pie ante los acantilados de Sauaü durante una gran tormenta. Pero ese ruido al menos es agradable y no te roba la voz como sucede con el ruido de estas grietas de piedra.

Estas canastas de piedra con toda esa gente, estas profundas grietas de piedra entrelazándose como largos ríos, la actividad febril y el movimiento, el humo negro y la suciedad flotando en lo alto sin un simple árbol, sin una mancha de cielo azul o bellas nubes, todo esto junto es llamado «ciudad» por los Papalagi. La ciudad es su creación y su orgullo. La gente que está viviendo allí no ha visto nunca un árbol o un bosque, jamás han visto el cielo claro ni han encontrado al Gran Espíritu cara a cara, son gente que vive como los reptiles en las lagunas o en los arrecifes de coral, aunque estos animales, al menos, son bañados por la clara agua del mar y besados por los labios cálidos de los rayos del sol. ¿Están los Papalagi orgullosos de haber reunido tanta piedra? No lo sé. Los Papalagi son gente con gustos raros. Sin ninguna razón en especial, hacen toda clase de cosas que les ponen enfermos, pero aún se sienten orgullosos de ellas y cantan odas a su propia gloria.

Así llaman ciudad a lo que he descrito. Y hay muchas ciudades semejantes, pequeñas y grandes. En la más grande vive uno de los jefes del país. Las ciudades están dispersas sobre las tierras, como nuestras islas están dispersas en el mar. Algunas veces no hay más

que la distancia de un baño entre ellas, otras veces un día de viaje. Todas estas islas de piedra están muy bien comunicadas por caminos. Pero también puedes viajar en un barco de tierra, largo y estrecho como un gusano, despidiendo humo todo el tiempo y deslizándose muy rápido sobre caminos de hierro, más rápido que una canoa con doce hombres remando al límite de velocidad. Pero si quieres llamar a un «tafola», a un amigo que está lejos, no necesitas caminar o desplazarte hasta él, puedes soplar tus palabras en una cuerda de metal que corre entre una isla de piedra y otra como una larga enredadera. Más rápido de lo que un pájaro puede volar llegarán a su destino.

Entre estas islas de piedras se encuentra la verdadera tierra llamada Europa. Fuera de allí, hay regiones tan bellas y fértiles como nuestras islas, donde hay pájaros, ríos y bosques y también pueblos de verdad. En estos pueblos vive otra gente que en las ciudades, gente de carácter diferente. Se les llama **gente de campo. Tienen manos más grandes y taparrabos más sucios. Su vida es mucho más saludable y hermosa que la de la gente de las grietas, pero no se dan cuenta. Están celosos de la gente de la ciudad**, a los que llaman huesos gandules porque no trabajan la tierra, ni plantan las frutas o las recogen. Viven en animosidad unos contra otros porque tienen que darles comida de sus tierras, coger las frutas para que la gente de las grietas se las coma y criar y cuidar al ganado hasta que haya engordado y entonces compartirlo con los otros. Naturalmente, es difícil proveer a toda esa gente de la ciudad de comida y no entienden, con razón, por qué esos huesos-gandules llevan taparrabos más limpios y por qué tienen manos más bellas y blancas que ellos, y por qué no tienen que sudar al sol y tiritar en la fría lluvia.

A la gente de las grietas no les importa mucho todo esto. Están convencidos de que tienen más derechos que la gente del campo y de que su trabajo es más importante que plantar legumbres en la tierra. A pesar de todo, este conflicto entre los Papalagi no es lo suficientemente serio para acabar en guerra. Pero ya vivan en el campo o en las grietas, a los Papalagi les gustan en general las cosas tal como son. El hombre del campo admira las viviendas de la gente de las grietas cuando ocasionalmente va allí, y la gente de las grietas gorgea y canta todo su poderío cuando pasa por un pueblo. La gente de las grietas permite a la gente del campo cebar sus cerdos artificialmente, y la gente del campo les deja construir sus canastas de piedra y regocijarse en ello.

Pero nosotros, niños libres del sol y de la luz, permaneceremos leales al Gran Espíritu y no oprimiremos nuestros corazones con piedras pesadas. Sólo gente enferma y perdida que se ha alejado de la mano de Dios puede vivir en grietas, donde el sol, el viento y la luz no pueden entrar. Con placer dejamos al Papalagi su dudosa felicidad, pero nos defenderemos contra sus esfuerzos de construir canastas de piedra también en nuestro soleado país y de matar la alegría de la vida con rocas, grietas, suciedad, ruido, humo y polvo, como es su intención.

EL METAL REDONDO Y EL PAPEL TOSCO

Escuchadme con mente abierta, mis más sensibles hermanos, y estad agradecidos de no conocer los pecados y horrores del hombre blanco. Todos vosotros sois mis testigos de que el misionero dijo: «Dios es amor». Un buen cristiano ha de mantener siempre la imagen

del amor ante sus ojos. Ésta es la razón, según él, por la que el hombre sólo reza al Gran Dios. Hermanos, él nos ha mentido y nos ha estafado; él fue sobornado por los Papalagi para conducimos por el mismo camino con las palabras del Gran Espíritu. Porque ellos adoran el papel tosco y el metal redondo, invocan al dinero como a un Dios.



Cuando hablas a un Europeo sobre el Dios del Amor, sonríe y pone cara divertida. Sonríe por tu estupidez. Pero tan pronto como le muestres una pieza de metal redondo y brillante o una hoja de papel tosco, entonces sus ojos se iluminan y la saliva empieza a babear por sus labios.

Dinero es su único amor, el dinero es su Dios. Esto es en lo que todos los blancos piensan, incluso cuando duermen. Hay algunos cuyas manos se han vuelto retorcidas y han tomado la apariencia de las patas de una termita, como resultado del continuo esfuerzo por obtener el metal y el papel. A otros se les han vuelto ciegos sus ojos de tanto contar el dinero. Existen aquéllos que han dado su alegría a cambio de dinero, su risa, su honor, su alma, su felicidad; sí, incluso su esposa y niños. Casi todos ellos han dado su salud por dinero. Lo llevan consigo en sus taparrabos, doblado junto, entre duras pieles. Por la noche lo ponen bajo su envuelve-camas, de modo que nadie pueda llevárselo.

Piensan en él noche y día, cada hora, cada minuto. Y todo el mundo ¡todo el mundo! ¡los niños también! Se lo llevan a casa. Sus madres se lo enseñan y lo ven de sus propios padres. Cuando caminas por las grietas de Siamanisi, oyes gritar por todas partes. ¡mark! Y un momento después otra vez ¡mark! En todas partes oyes este grito, ya que es el nombre local del metal redondo y del papel tosco. En Fafali (Francia), se le llama franc, en Peletania (Inglaterra), shilling, y en Italia, lira. Mark, franc, shilling, lira, todo es lo mismo. Todo significa dinero, dinero, dinero. Dinero es el único Dios verdadero de los Papalagi, al menos si consideras que Dios es lo que más amas.



Y así, en la tierra de los blancos es imposible estar sin dinero, ni siquiera por un momento, entre el amanecer y el ocaso, ¡sin nada de dinero! No podrías satisfacer tu hambre, tu sed, serías incapaz de encontrar una estera para la noche. Te encerrarían en la más sombría pfui-pful (Cárcel, prisión) y difamarían tu nombre en muchos papeles (Periódicos), porque no

tienes dinero. Tienes que pagar, que significa dar dinero, por el suelo en el que permaneces de pie, por el punto donde quieres construir tu cabaña, por la estera para la noche, por la luz que brilla en el interior de tu cabaña. Cuando quieres cazar al gorrión o ir a un sitio en

el que la gente se divierte, donde cantan y bailan, o si quieres pedir consejo a tu hermano, debes pagar por todo. En todas partes tu hermano permanece con una mano extendida y te despreciará y maldecirá si la dejas sin llenar. Una sonrisa de excusa o una mirada amistosa no ayudan a ablandar su corazón. En lugar de eso abrirá su boca y te gritará: «¡Granuja, huesos-gandules, mendigo!», que significa todo lo mismo y está considerado como un grave insulto. Incluso para nacer tienes que pagar y, cuando mueres, tu aiga debe pagar, puesto que tú estás muerto y debes pagar para obtener permiso para depositar tu cuerpo en la tierra y por la gran piedra que ponen encima de tu tumba como recordatorio.

He descubierto una única cosa por la que no se pide dinero y de la que todo el mundo puede tomar tanto como quiera: el aire para respirar. Pero sospecho que eso ha escapado meramente a su atención y no dudo en decir que, si mis palabras pudieran ser oídas en Europa, inmediatamente pedirían metal y papel tosco por eso también. Porque cada europeo siempre está a la búsqueda de una razón para pedir continuamente más dinero.

Estar en Europa sin dinero es como ser un hombre sin cabeza, sin miembros, un cero. Debes tener dinero. Necesitas dinero como necesita la comida, beber y dormir. Cuanto más dinero tienes más fácil es la vida. Cuando posees dinero puedes comprar tabaco, anillos y hermosos taparrabos. Puedes comprar tanto tabaco, anillos y taparrabos como quieras, tanto como tu dinero te permita. Si tienes mucho dinero, puedes comprar muchas cosas. Por consiguiente todo el mundo quiere más del que tiene el otro. Por eso todos van tras el dinero y los ojos de todo el mundo lo persiguen constantemente. Cuando tiras una pieza de metal redondo en la arena, los niños se arrojan detrás y luchan por él, y el que lo coges es el vencedor y está muy feliz. Sin embargo no se tiran regularmente piezas de dinero en la arena. ¿De dónde viene el dinero?, ¿Cómo puedes obtener mucho?

Oh, de todas las formas, fácil y difícil. Cuando cortas el cabello a tu hermano, cuando quitas la suciedad de enfrente de su casa, cuando vas en una canoa por el agua y cuando tienes un gran pensamiento. Sí, en este documento debe mencionarse que no sólo se pide el metal redondo y el papel tosco para casi todo; también puedes obtenerlo haciendo casi nada. Lo único que tienes que hacer es realizar una acción que en Europa es llamada «trabajo». «Trabaja y tendrás dinero», es la norma común europea. Existe, sin embargo, una gran injusticia que el Papalagi tiende a ignorar, y que no considerará porque significaría reconocer esta injusticia. No toda la gente que tiene mucho dinero también trabaja mucho. (Naturalmente a todo el mundo le gustaría tener mucho dinero sin tener que trabajar por ello).

Así es como funciona; tan pronto como un blanco tiene suficiente dinero para su comida, su cabaña y su estera, y un poco para ahorrar, por ese poco deja a su hermano trabajar con él. Empieza dejándole hacer el trabajo que pone sus manos toscas y sucias. Le deja que limpie la suciedad que él hace. Y si es una mujer, alquila una muchacha para hacer el trabajo por ella. La chica debe limpiar las esferas sucias, los utensilios para la comida y las pieles de los pies. Debe remendar los taparrabos rasgados y no puede hacer nada que no sea agradable o útil a la señora. De este modo él o ella ganan tiempo para hacer un trabajo mayor, más importante o más agradable, por el que reciben más dinero y no tienen que ensuciarse las manos o fatigar sus músculos. Si él es un constructor de botes, ellos tienen que ayudarle a construir botes.

Del dinero que él gana con el trabajo de otro hombre, dinero que con todo derecho debiera pertenecer a este hombre, aparte la mayor parte y tan pronto como puede, alquila a otro hombre para trabajar por él y más tarde a un tercero; más y más hermanos están construyendo botes para él, algunas veces hasta más de cien. Finalmente ya no hace nada

más que tumbarse en su estera, beber kaua europea y quemar esas cañas humeantes. Él da los barcos cuando están listos y recibe el metal redondo y el papel tosco, que los otros ganaron por él. La gente dice que es rico. Todo el mundo le envidia, le adula, le habla de un modo amistoso. Porque en la tierra de los blancos un hombre no es respetado por su nobleza o su valor, sino por la cantidad de dinero que tiene, cuánto gana en un día y cuánto puede recoger en sus cajas fuertes de hierro, que son tan pesadas que ni siquiera un terremoto puede menearlas.

Hay muchos blancos que ahorran todo el dinero que los otros ganan para ellos; entonces lo llevan a un sitio donde está muy bien guardado. Siempre llevan más dinero allí, hasta que ni siquiera necesitan ya a los otros para hacer el trabajo por ellos, porque el dinero hace el trabajo por sí solo. Cómo una cosa así es posible, sin nada en absoluto de hechicería, nunca me resultó del todo claro, pero parece que el dinero llama al dinero; como las hojas creciendo en un árbol, así un hombre se va haciendo cada vez más rico, incluso cuando está dormido.

Ni siquiera cuando alguien tiene mucho dinero, mucho más del que la mayoría de gente tiene, tanto que cientos de miles de trabajadores podrían reducir con él su aflicción, cede nada de él. Cubre el metal redondo con sus manos y se sienta sobre el papel tosco; avaricia y avidez arden en sus ojos. Y cuando le preguntas qué proyecta hacer con todo ese dinero, dándote cuenta de que no puedes hacer mucho más en la tierra que vestirte y saciar tu hambre y tu sed, entonces no sabe qué decir o contesta: «Quiero ganar más dinero, siempre más y más». Entonces pronto te percatas de que el dinero le ha vuelto enfermo, que su sentido común ha escapado ante la enfermedad del dinero.

Él está enfermo y poseído, porque su alma ha sido atrapada por el metal redondo y el papel tosco, y ya nunca parará de acumular tanto como sea posible. Nunca puede razonar: quiero dejar éste mundo sin haber hecho ninguna maldad y sin llevar lastre alguno, porque así es como el Gran Espíritu me envió al mundo, sin metal redondo o papel tosco. De este hecho sólo unos pocos se dan cuenta. La mayoría permanecen enfermos para siempre, nunca vuelven a estar sanos de corazón otra vez y sólo se complacen en el poder que las enormes cantidades de dinero les proporcionan.

Se hinchan con orgullo, como la fruta tropical tras un chaparrón. Con júbilo dejan a sus hermanos ejecutar la labor pesada, mientras ellos crecen gordos y echan carnes. Hacen eso sin entrar en conflicto con su conciencia. Muy orgullosos, miran sus dedos limpios, que nunca volverán a ensuciarse otra vez. El conocimiento de que continuamente roban la fuerza de los otros para añadirla a la suya propia, no les preocupa o les roba el sueño por la noche. No entra en sus mentes compartir con los otros el dinero para aliviar su carga.

Por eso hay dos clases diferentes de gente en Europa: el primer tipo tiene que trabajar duro y el segundo trabaja sólo un poco, o nada en absoluto. Un grupo nunca tiene tiempo para sentarse al sol, mientras que los otros no hacen nada más. El Papalagi dice: «No toda la gente puede tener tanto como tienen algunos». En este refrán basa el derecho a ser cruel cuando trafica con dinero. Su corazón es como una piedra y su sangre es fría. Sí, él engaña, miente, y es siempre deshonesto y peligroso cuando sus manos van a conseguir dinero. Ocurre a menudo que un Papalagi mata a otro, sólo por dinero. O le mata con el veneno de sus palabras o le droga para despojarle después de todo. Usualmente es ésta la razón por la que uno no confía en el otro; todos ellos conocen su debilidad. También por eso es imposible averiguar si un hombre con mucho dinero tiene también buen corazón. Es posible que sea muy malo. Nunca puedes averiguar cómo y dónde ha amasado sus riquezas.

Pero por esta misma razón, un hombre rico nunca sabe si los honores que se le hacen son

por su metal redondo o por él; normalmente es por su metal redondo. Por consiguiente, tampoco entiendo por qué las personas que no poseen metal redondo y papel tosco se sienten avergonzadas y envidian a las otras, en lugar de dejar a las otras envidiarlas a ellas. Porque no es ni honorable ni bueno llevar muchos cordeles con conchas. Tampoco es bueno ser bendecido con tanto dinero. Deja a la gente sin aliento y estorba los movimientos naturales del cuerpo.

Pero ni un simple Papalagi osa despreciar el dinero. Aquellos que no aman el dinero son ridiculizados, son ualea (Estúpido). Riqueza es tener mucho dinero, es ser feliz, esto es lo que el Papalagi dice. Y también dice: el país más rico es el más feliz. Mis hermanos de piel luminosa, todos nosotros somos pobres. Nuestra tierra es la más pobre de todas las tierras bajo el sol. No tenemos suficiente metal redondo o papel tosco para llenar ni siquiera un cofre.



De acuerdo con las normas de los Papalagi somos desdichados mendigos. Y todavía, cuando miro a vuestros ojos y los comparo con aquéllos de los ricos allí, encuentro los suyos cansados, mortecinos y perezosos, mientras que los vuestros brillan como la gran luz, emitiendo rayos de felicidad, fuerza, vida y salud. Sólo he visto ojos como los vuestros en los niños de los Papalagi, antes de que puedan hablar. Porque antes de esa época no tienen todavía conocimiento del dinero. ¡Qué poderosa es la gracia del Gran Espíritu, que nos protege de ese aitu! El dinero es un aitu, porque todo lo hace malo y a todo el mundo hace malo. Incluso si sólo tocas el dinero, caes bajo su hechizo y aquél que lo ama debe servirlo y consagrarle toda su fuerza durante el resto de su vida. Amemos nuestras formas nobles y despreciemos al hombre que pide una afola7 a cambio de su hospitalidad o por cada fruto que te da.

Respetemos nuestras normas que no permiten a uno tener mucho más que a otro, o a alguien tener mucho y al otro no tener nada en absoluto. Así no llegaremos a ser como los Papalagi y no estaremos felices y contentos cuando nuestro hermano, al lado, se sienta infeliz y triste.

Pero, sobre todo, pongámonos a salvo del dinero. Los Papalagi también agitan el metal redondo y el papel tosco delante de nuestros ojos, para despertar nuestra codicia. Declaran que nos harán más ricos y felices. Muchos de entre nosotros hemos sido casi tocados y cegados por esta espantosa enfermedad.

Pero vosotros creéis las palabras de vuestro humilde y sabéis que cuento la verdad cuando digo que el dinero no hace nunca más o menos feliz, sino que lanza el corazón a la confusión infinita, que con dinero nadie es nunca ayudado por sí mismo, que no os hará más contentos,

más fuertes, más felices; odiad el metal redondo y el papel tosco, del mismo modo que odiáis a vuestro peor enemigo.

LOS PAPALAGI SON POBRES A CAUSA DE SUS MUCHAS COSAS

También podéis reconocer al Papalagi por su deseo de hacernos sabios y porque nos dice que somos pobres y desdichados y que estamos necesitados de su ayuda y comprensión, porque no poseemos nada. Permitidme explicaros, hermanos queridos de las muchas islas, qué es UNA COSA. Un coco es una cosa: un matamoscas, un taparrabos, la concha, el anillo del dedo, el recipiente para la comida y el tocado, todo ello son cosas. Pero hay dos clases de cosas. Hay cosas hechas por el Gran Espíritu sin que lo veamos y que nosotros, los niños de la tierra, no tenemos dificultad en obtener. Como, por ejemplo, el coco, la banana y la concha de mar.

Después, hay cosas hechas por la gente a base de mucho trabajo y privación, cosas como anillos para los dedos, matamoscas y recipientes de comida. Pues bien, los alii piensan que tenemos necesidad de las cosas hechas por sus manos, porque ciertamente no piensan en las cosas con las que el Gran Espíritu nos provee. Porque, ¿quién puede ser más rico que nosotros? y ¿quién puede poseer más cosas del Gran Espíritu que justamente nosotros? Lanzad vuestros ojos al horizonte más lejano, donde el ancho espacio azul descansa en el borde del mundo.

Todo está lleno de grandes cosas: la selva, con sus pichones salvajes, colibrís y loros; las lagunas, con sus pepinos de mar, conchas y vida marina; la arena, con su cara brillante y su piel suave; el agua crecida, que puede encolerizarse como un grupo de guerreros o sonreír

como una Taopou; y la amplia cúpula azul que cambia de color cada hora y trae grandes flores que nos bendicen con su luz dorada y plateada. ¿Por qué ser tan locos como para producir más cosas, ahora que tenemos ya tantas cosas notables que nos han sido dadas por el mismo Gran Espíritu?

De cualquier forma, nunca seremos capaces de mejorar sus trabajos, porque nuestro espíritu es débil y endeble, y el poder del Gran Espíritu es enorme; comparadas a sus enormes y omnipotentes manos, las nuestras son pequeñas y débiles. Las cosas que pueden hacer son endebles y no vale la pena hablar de ellas. Podemos hacer más largo nuestro brazo con un palo y agrandar el hueco formado por nuestras manos con un tanoal pero todavía no ha habido un samoano o un Papalagi que triunfara en hacer una palmera o una planta de kaua.

Actualmente esos Papalagi piensan que pueden hacer mucho y que son tan fuertes como el Gran Espíritu. Por esa razón, miles y miles de manos no hacen nada más que producir cosas, del amanecer al crepúsculo. El hombre hace cosas, de las cuales no conocemos el propósito ni la belleza. Y los Papalagi inventan cada vez más cosas. Sus manos arden, sus rostros se vuelven cenicientos y sus espaldas están encorvadas, pero todavía revientan de felicidad cuando han triunfado haciendo una cosa nueva. Y, de repente, todo el mundo quiere tener tal cosa; la ponen frente a ellos, la adoran y le cantan elogios en su lenguaje.

¡Oh, hermanos!, confirmad mis creencias porque he observado al Papalagi y he visto sus intenciones tan claras como si las iluminase el sol del mediodía. Porque él destruye todas las cosas del Gran Espíritu. Donde quiera que vaya, quiere volver a la vida de nuevo, por su propio poder, aquellas cosas que primero ha matado, y quiere luego considerarse a sí mismo el Gran Espíritu porque produce tantas cosas.

Hermanos, tratad de imaginar que en este mismo momento se levantase una tormenta y arrasara todas las selvas y montañas, que también las conchas y cangrejos fuesen arrastrados de la laguna y ni siquiera quedase una flor de hibisco para que nuestras chicas la llevasen en el cabello, tratad de imaginar que todo lo que vemos a nuestro alrededor desapareciese repentinamente, de modo que nada quedase y la arena y la tierra llegasen a ser como la palma de nuestra mano o la colina sobre la que el magma se ha deslizado.

Entonces tendríamos que llorar a la palmera, a las conchas y a la selva, tendríamos que afligirnos por todo. Donde se congregan todas las chozas que ellos llaman una ciudad, allí la tierra está tan desnuda como la palma de vuestra mano y ésta es una de las razones por las que a los Papalagi se les han ablandado los sesos y juegan a ser el Gran Espíritu en persona: para no pensar en todas las cosas que han perdido. Porque están despojados y porque su tierra se ha vuelto tan triste que coleccionan cosas como un loco colecciona hojas muertas y llena su cabaña con ellas hasta que todo espacio libre queda ocupado. Ésta es la razón de que nos envidie y espere hacernos tan pobres como él es.



Es signo de gran pobreza que alguien necesite muchas cosas, porque de ese modo demuestra que carece de las cosas del Gran Espíritu. Los Papalagi son pobres porque persiguen las cosas como locos. Sin cosas no pueden vivir. Cuando han hecho del caparazón de una tortuga un objeto para arreglar su cabello, hacen un pellejo para esa herramienta, y para el pellejo hacen una caja, y para la caja, una caja más grande. Todo lo envuelven en pellejos y cajas.

Hay cajas para taparrabos, para telas de arriba y para telas de abajo, para las telas de la colada, para las telas de la boca y otras clases de telas. Cajas para las pieles de las manos y las pieles de los pies, para el metal redondo y el papel tosco, para su comida y para su libro sagrado, para todo lo que podáis imaginar. Cuando una cosa sería suficiente, hacen dos. Si entras en una cabaña europea para cocinar, ves tantos recipientes para la comida y herramientas que es imposible usarlos todos a la vez. Y por cada plato hay un tanoa distinto: uno para el agua y otro para el kaua europeo, uno para los cocos y otro para las uvas.

Hay tantas cosas dentro de una choza europea, que si cada hombre de un pueblo samoano se llevase un brazado, la gente que vive en ella no sería capaz de llevarse el resto. En cada choza hay tantos objetos que los caballeros blancos emplean muchas personas sólo para ponerlos en el sitio que les corresponde y para limpiarles la arena. Incluso las taopou de alta cuna emplean gran cantidad de su tiempo en contar, rearreglar y limpiar todas sus cosas.

Todos vosotros sabéis, hermanos, que cuento la verdad que he visto con mis propios ojos, sin añadir a mi historia ninguna opinión. Por eso creedme cuando os cuento que hay gente en Europa que presionan un palo de fuego en sus frentes y se matan, porque prefieren no vivir a vivir sin cosas. Los Papalagi turban de todos los modos posibles sus mentes y enloquecen pensando que el hombre no puede vivir sin cosas, como no puede vivir sin comida.

También por eso, nunca he sido capaz de encontrar una choza en Europa donde pudiera descansar del modo apropiado en mi estera, sin nada que estorbara mis miembros cuando quería estirarme. Todas aquellas cosas lanzan destellos de luz o gritan chillonamente con las voces de sus colores, de tal modo que no podía cerrar mis ojos en paz. Nunca hallé el verdadero reposo allí ni fue mayor mi nostalgia por mi cabaña samoana; esa cabaña en la que no hay nada más que una estera para dormir y un envuelve-cama, y donde nada te turba

salvo la suave brisa del mar.

Los que tienen pocas cosas se llaman a sí mismos pobres o infelices. Ningún Papalagi canta o va por la vida con un destello en su mirada cuando su única posesiones un recipiente de comida como hacemos nosotros. Si los hombres y mujeres del mundo de los blancos residieran en nuestras cabañas, se lamentarían y afligirían, e irían a buscar rápidamente madera de los bosques y caparazones de tortuga, vidrios, fuerte alambre y llamativas piedras y mucho, mucho más. Y moverían sus manos de la mañana hasta la noche, hasta que la choza samoana estuviese llena de objetos enormes y pequeños que se rompen fácilmente y son destructibles por el fuego y la lluvia, y que por esto deben sustituirse todo el tiempo.

Cuantas más cosas necesitas, mejor europeo eres. Por esto las manos de los Papalagi nunca están quietas, siempre hacen cosas. Ésta es la razón por la que los rostros de la gente blanca parecen a menudo cansados y tristes y la causa de que pocos de ellos puedan hallar un momento para mirar las cosas del Gran Espíritu o jugar en la plaza del pueblo, componer canciones felices o danzar en la luz de una fiesta y obtener placer de sus cuerpos saludables, como es posible para todos nosotros (Muy a menudo, los samoanos van a jugar y bailar juntos.

Aprenden a bailar a muy temprana edad. Cada pueblo tiene sus canciones y poetas. Por la noche se puede oír cantar dentro de cada cabaña. El canto es melodioso, principalmente porque el idioma es muy rico en vocales, pero también a causa del delicado «buen oído» de los isleños).

Tienen que hacer cosas. Tienen que seguir con sus cosas. Las cosas se cierran y reptan sobre ellos, como un ejército de diminutas hormigas de arena. Ellos cometen los más horribles crímenes a sangre fría, sólo para obtener más cosas.

No hacen la guerra para satisfacer su orgullo masculino o medir su fuerza, sino sólo para obtener cosas. No obstante se dan cuenta del gran derroche que es su vida o no habría tantos Papalagi de alta posición que no hacen durante su existencia nada más que sumergir cabellos en zumos coloreados y con ellos formar bellas representaciones-espejo sobre esteras blancas.

Escriben todas las buenas palabras de Dios, tan brillantes y llenas de color como pueden. También moldean gente con arcilla blanca, sin ningún taparrabos; muchachas de movimientos libres, encantadoras como la taopou de Matautu e imágenes de hombres, blandiendo garrotes y acechando al pichón salvaje en el bosque. Gente hecha de piedra, para la que los Papalagi construyen enormes cabañas festivas, a las que la gente viaja desde enormes distancias para disfrutar de su gracia y belleza. Permanecen de pie enfrente de ellas, apretadamente cubiertos con sus taparrabos y tiritando. Yo he visto a los Papalagi lamentarse cuando admiraban la belleza que ellos mismos habían perdido.

Ahora el hombre blanco quiere hacernos ricos trayéndonos todos sus tesoros, sus cosas. Pero esas cosas son como flechas envenenadas, que matan a aquéllos en cuyo pecho se han introducido. Una vez oí, por casualidad, decir a un hombre que conoce bien nuestras islas: «Vamos a forzar nuevas necesidades en ellos». ¡Las necesidades son cosas! Y aquel sabio dijo más: «Entonces podemos ponerles a trabajar también fácilmente». Quería decir que tendríamos que usar la fuerza de nuestras manos para hacer cosas, cosas para nosotros mismos, pero principalmente cosas para los Papalagi. Debemos estar también cansados, encorvados y grises.

Hermanos de muchas islas, debemos mantener nuestros ojos muy abiertos, porque las palabras de los Papalagi saben como los dulces plátanos, pero están llenas de flechas escondidas que saldrán para matar toda la luz y alegría que hay en nosotros. No olvidemos

nunca eso. Aparte de lo que nos ha dado el Gran Espíritu, precisamos muy poco.

Él nos dio ojos para ver las cosas, pero necesitáis más que todo el tiempo de nuestra vida para verlas todas. Y nunca pasó mayor mentira por los labios de un ser humano como cuando el hombre blanco nos dice que las cosas del Gran Espíritu tienen muy poco valor, pero que las cosas que ellos producen son más útiles y valiosas. Sus propios objetos, son numerosos, resplandecientes y brillantes, lanzan miradas seductoras a nuestro sistema de vida y se nos imponen, pero nunca hacen el cuerpo de un Papalagi más bello, sus ojos más brillantes o sus mentes más agudas. Ésta es otra razón por la que sus cosas tienen poco valor y las palabras que pronuncian y fuerzan violentamente nuestra consciencia, son pensamientos empapados de veneno, las eyaculaciones de un espíritu maligno.

LOS PAPALAGI NO TIENEN TIEMPO

Los Papalagi adoran el metal redondo y el papel tosco; les da mucho placer poner los zumos del fruto muerto y la carne de los cerdos, bueyes y otros animales horribles dentro de sus estómagos. Pero también sienten pasión por algo que no podéis comprender, pero que a pesar de esto existe: el tiempo. Lo toman muy en serio y cuentan toda clase de tonterías sobre él. Aunque nunca habrá más tiempo entre el amanecer y el ocaso, esto no es suficiente para ellos.



Los Papalagi nunca están satisfechos con su tiempo y culpan al Gran Espíritu por no darles más. Sí, difaman a Dios y a su gran sabiduría dividiendo cada nuevo día en un complejo patrón, cortándolo en piezas, del mismo modo que nosotros cortamos el interior de un coco con nuestro machete. Cada parte tiene su nombre. Todas ellas son llamadas segundos, minutos u horas. El segundo es más pequeño que el minuto y el minuto más pequeño que la

hora. Pero todos ellos ensartados juntos forman una hora. Para hacer una hora, necesitas sesenta minutos y muchos, muchos segundos.

Ésta es una historia increíblemente confusa, de la cual yo mismo no he entendido todavía los puntos más sutiles, puesto que es difícil para mí estudiar esta tontería más allá de lo necesario. Pero los Papalagi le atribuyen mucha importancia. Hombres, mujeres y hasta niños demasiado pequeños para andar, llevan una máquina pequeña, plana y redonda, dentro de sus taparrabos. atada a una cadena de metal pesado, colgando alrededor de la garganta o alrededor de la muñeca; una máquina que les dice la hora. Leerla no es fácil.

Se les enseña a los niños arrimándolos a sus orejas, para despertar su curiosidad. Estas máquinas son tan ligeras que puedes levantarlas con los dedos y llevan una maquinaria dentro de sus estómagos, como los grandes barcos que todos vosotros conocéis. Hay también grandes máquinas del tiempo, que permanecen de pie en el interior de sus cabañas, o colgando de una gran casa para así ser más visibles. Ahora bien, cuando una parte del tiempo ha pasado, queda indicado por dos pequeños dedos sobre la cara de la máquina y, a la vez, grita y un espíritu hace chocar el hierro en su interior. Cuando en una ciudad europea ha pasado cierta parte del tiempo, estalla un espantoso y clamoroso estrépito.

Al sonar este ruido del tiempo, los Papalagi se lamentan: «¡Terrible, otra hora esfumada!». Y entonces, como una norma, ponen el rostro sombrío de alguien que tiene que vivir una gran tragedia. Asombroso, pues inmediatamente después empieza una nueva hora. Nunca he sido capaz de comprender eso, pero creo que debe ser una enfermedad.

Lamentos comunes a la gente blanca son: el tiempo se desvanece como el humo, el tiempo corre y dame sólo un poco más de tiempo. He dicho que probablemente es alguna clase de enfermedad; porque cuando el hombre blanco siente deseos de hacer algo, cuando por ejemplo su corazón desea ir caminando por el sol, navegar en un bote por el río o hacer el amor a su amiga, usualmente se priva de su propia dicha al ser incapaz de encontrarlo.

Mencionará miles de cosas que se llevan su tiempo. Malhumorado y farfullando soporta un trabajo que no siente ganas de realizar, que no le da ningún placer y al que nadie más que él mismo le obliga. Y cuando, repentinamente, descubre que en verdad tiene tiempo o cuando otros se lo dan -los Papalagi se dan a menudo unos a otros tiempo y ningún regalo es más preciado que ése- entonces descubre que no sabe qué hacer durante ese tiempo en particular, o que está demasiado cansado de su trabajo, sin alegría. Y siempre está determinado a hacer esas cosas mañana, porque hoy no tiene tiempo.

Hay Papalagi que dicen no tener nunca tiempo. Caminan aturdidos como si hubieran sido tomados por un aitu y dondequiera que se muestren provocan desastres, porque han perdido su tiempo.

Estar poseído es una terrible enfermedad que la medicina del hombre no puede curar y que contagia a muchos otros, volviéndolos profundamente infelices. Porque los Papalagi siempre están asustados de perder su tiempo, no sólo los hombres, sino también las mujeres y hasta los niños pequeños; todos saben exactamente cuántas veces el sol y la luna se han levantado desde el día en que vieron la gran luz por primera vez. Sí; juega un papel tan importante en sus vidas, que lo celebran a intervalos regulares, con flores y fiestas.

Muy a menudo he observado que la gente tenía que avergonzarse por mí, porque me preguntaban mi edad y yo empezaba a reírme y no la sabía. «Pero tú tienes que saber tu propia edad». Entonces guardaba silencio y pensaba: es mejor para mí no saberla.

¿Cuántos años tienes?, significa cuántas lunas han vivido. Examinar y contar de ese modo está lleno de peligros, porque así se ha descubierto cuántas lunas suele vivir la gente.

Entonces guardan eso en la mente y cuando han pasado una gran cantidad de lunas, dicen: «Ahora tengo que morir pronto». Se vuelven silenciosos y tristes y, en efecto, mueren después de un corto período.

En Europa hay realmente poca gente que tenga tiempo. Puede incluso que ninguna. Ésa es la razón por la que la gente corre por la vida como una piedra lanzada. Casi todos mantienen sus ojos pegados al suelo cuando caminan y balancean sus brazos para llevar mejor el paso.

Cuando alguien les para, le gritan malhumoradamente: «¿Por qué me has parado? No tengo tiempo, ¡Haz buen uso de tu propio tiempo!» Parece que piensan que un hombre que camina rápido es más valiente que uno que camina despacio.

Una vez vi la cabeza de un hombre casi explotar, sus ojos girar sobre sí mismos, su gaznate hacerse ancho, abierto como el de un pez moribundo, y pegar con sus manos y pies, sólo porque su criado había llegado un poco más tarde de lo que había prometido que haría.

Se suponía que ese respiro era una pérdida considerable que nunca podría recuperarse de nuevo. El criado tuvo que abandonar la choza; el Papalagi le perseguía y le llamaba nombres. «Esto es ya el límite, porque me has robado mucho tiempo! ¡Un hombre que no respeta el tiempo es una pérdida de tiempo!»

Otra vez vi a un Papalagi que tenía tiempo y nunca se lamentaba a causa de él. Pero ese hombre era pobre, sucio y despreciado. La gente caminaba a su alrededor trazando un gran círculo y nadie le concedía ninguna atención. No entendí eso, porque su paso era lento y seguro, y sus ojos tranquilos y amistosos. Cuando le pregunté cómo había sucedido eso, movió su cabeza y dijo tristemente: «Nunca he sido capaz de aprovechar mi tiempo; por eso ahora soy pobre y un zoquete despreciado». Ese hombre tenía tiempo, pero no era feliz.

Con toda su fuerza y todas sus ideas, los Papalagi intentan ensanchar el tiempo tanto como pueden. Usan agua y fuego, tormentas y relámpagos del firmamento, para refrenar el tiempo. Ponen ruedas de hierro bajo sus pies y dan alas a sus palabras, sólo para ganar tiempo. Y ¿para qué sirve todo ese trabajo y esos problemas? ¿Qué hacen los Papalagi con su tiempo? No he averiguado nunca lo bastante, aunque a juzgar por sus palabras y ademanes uno pensaría que están invitados personalmente por el mismo Gran Espíritu a un gran fono.

Creo que el tiempo resbala de sus manos como una serpiente, deslizándose de una mano húmeda, sólo porque tratan siempre de agarrarse a él. No permiten que el tiempo venga a ellos, sino que lo persiguen con las manos extendidas. No se permite malgastar el tiempo tumbándose al sol. Siempre quieren mantenerlo en sus brazos, darle y dedicarle canciones e historias. Pero el tiempo es tranquilidad y paz amorosa, amar, descansar y tenderse en una estera imperturbable. Los Papalagi no han entendido al tiempo y, por consiguiente, lo han maltratado con sus bárbaras prácticas.

¡Oh, mis hermanos amados!, nosotros nunca nos hemos lamentado del tiempo, lo hemos amado como era, sin perseguirlo o cortarlo en rebanadas. Nunca nos da preocupación o pesadumbre. Si hay entre vosotros alguno que no tiene tiempo, ¡dejadle que hable! Nosotros tenemos tiempo en abundancia, siempre estamos satisfechos con el tiempo que tenemos, no pedimos más tiempo del que ya hay y siempre tenemos tiempo suficiente.

Sabemos que alcanzaremos nuestras metas a tiempo y que el Gran Espíritu nos llamará cuando perciba que es nuestro plazo, incluso si no sabemos el número de lunas gastadas. Debemos liberar al engañado Papalagi de sus desilusiones y devolverle el tiempo. Cojamos sus pequeñas y redondas máquinas del tiempo, aplastémoslas y digámosles que hay más tiempo entre el amanecer y el ocaso del que un hombre ordinario puede gastar.

LOS PAPALAGI HACEN POBRE A DIOS

Los Papalagi tienen una manera extrañamente confusa de pensar. Siempre se están devanando los sesos, para sacar mayores provechos y bienes de las cosas, y su consideración no es por humanidad, sino sólo por el interés de una simple persona, y esa persona son ellos mismos.

Cuando alguien dice: «Mi cabeza me pertenece a mí y a nadie más que a mí», tiene mucha razón y nadie puede decir nada en contra de esto. En este aspecto el Papalagi y yo compartimos puntos de vista. Pero cuando él continúa: «La palmera es mía», sólo porque ese árbol crece delante de su cabaña, entonces se comporta como si él mismo hiciera crecer la palmera.

Pero esa palmera no pertenece a nadie. ¡A nadie! Es la mano de Dios la que nos la ha proporcionado del suelo. Dios tiene muchas manos. Cada árbol, cada hoja de hierba, el mar, el cielo y las nubes que flotan en él, todos son las manos de Dios. Podemos usarla para nuestro placer, pero nunca podemos decir: «La mano de Dios es mi mano». Sin embargo esto hacen los Papalagi.



En nuestro idioma «lau» significa «mío», pero también significa «tuyo». Es casi la misma cosa. Pero en el idioma de los Papalagi es difícil encontrar dos palabras que difieran tanto en significado como «mío» y «tuyo». Mío, significa que algo me pertenece por entero a mí. Tuyo, significa que algo pertenece por entero a otro. Es la razón por la que el Papalagi llama a todo lo que está cerca de su casa «mío». Nadie tiene derecho a ello más que él.

Cuando visitas a un Papalagi y ves algo allí, un árbol o una fruta, madera, agua o un montón de basura, siempre hay alguien alrededor para decir: «Es mío y que no te coja tomando algo de mi propiedad». Incluso si tocas algo empezará a berrear y te llamará ladrón. Ésta es la

peor maldición que conoce. Y solamente porque te has atrevido a tocar el «suyo» de otro hombre. Su amigo y los criados del jefe vendrán corriendo, te pondrán cadenas, te echarán a la más sombría pfui-pfui y la gente te despreciará durante el resto de tu vida.

Actualmente para impedir que la gente toque cosas que alguien ha declarado suyas, se ha presentado una ley que concrete qué es suyo y qué es mío. Y hay gente en Europa que gasta su vida entera prestando atención a que no se quiebre esa ley, que no se quite nada al Papalagi que ha declarado que aquello es suyo. De esa manera, los Papalagi quieren dar la impresión de que tienen derecho real sobre esas cosas, como si Dios hubiera regalado sus cosas para siempre. Como si las palmeras, las flores, los árboles, el mar, el aire y las nubes fueran realmente de su propiedad.

Los Papalagi tienen necesidad de leyes que guarden su mío, porque de otro modo, la gente con poco o nada de mío, se las quitaría. Porque si hay gente que pide mucho para sí misma, hay muchos otros abandonados que permanecen de pie con las manos vacías. No todo el mundo conoce las tretas y señales escondidas con las que se puede acumular mucho mío, y también se ne cesita una especie de valor, que tiene poco o nada que ver con lo que nosotros llamamos respeto y puede que aquellos Papalagi que están con las manos vacías, porque no querían robar o insultar a Dios, sean los mejores de su tribu. Pero no existen muchos Papalagi como esos.

La mayoría de ellos roban a Dios sin un ápice de vergüenza siquiera. No conocen nada mejor. No se dan cuenta de nada-mal-hecho; todo el mundo lo hace y nadie ve nada extraño o se siente mal por ello. Muchos también reciben su montón de mío por nacimiento, de sus padres. Y Dios no ha dejado casi nada, porque la gente lo ha tomado y transformado en mío y tuyo. Su sol, hecho para todos nosotros, no puede ser igualitariamente dividido nunca, porque uno pide más que otro.

En los hermosos espacios abiertos donde el sol brilla en todo su esplendor, sólo unos pocos están sentados, mientras una muchedumbre entera trata de alcanzar un pálido rayo de luz sentados en las sombras; Dios no puede alegrarse con todo su corazón, porque él ya no es el alii silil, en su propia casa. Los Papalagi le niegan al decir que todo es suyo. Pero nunca llegarán a ese discernimiento, por muy diferente que piensen.



Por el contrario, ellos consideran sus actos justos y honestos. Pero a los ojos de Dios son injustos y deshonestos. Si ellos hicieran uso de su sentido común, sin duda comprenderían que nada de lo que no podemos retener nos pertenece y que cuando la marcha sea dura no podremos llevar nada. Entonces también empezarían a darse cuenta de que Dios hace su casa tan grande, porque quiere que haya y felicidad para todos. Y en verdad sería

suficientemente grande para todo el mundo, para que todos encontráramos un lugar soleado, una pequeña porción de felicidad, unas pocas palmeras y ciertamente un punto en el que los dos pies se apoyaran, justo como Dios quería y deseaba que fuera. ¿Cómo podría Dios olvidar siquiera a uno de sus propios niños?,

Pero todavía hay muchos buscando febrilmente ese pequeño, diminuto punto que Dios les ha reservado. Porque los Papalagi no quieren escuchar la palabra de Dios y empiezan a hacer leyes por su propia cuenta. Dios les envía muchas cosas que amenazan su propiedad. Envía calor y lluvia para destruir su mío, lo envejece, derrumba y pudre. Dios también da a la tormenta y al fuego poder sobre su mío. Y lo peor de todo: introduce miedo en los corazones de los Papalagis. Miedo es la cosa principal que ha adquirido.

El sueño de un Papalagi nunca es tranquilo, porque tiene que estar alerta todo el tiempo, para que las cosas que ha amasado durante el día, no le sean robadas por la noche. Sus manos y sentidos tienen que estar ocupados todo el tiempo agarrando su propiedad. Y durante todo el día, su mío le importuna y se le ríe en la cara, le grita porque ha sido robado de Dios, le tortura y le proporciona mucha desdicha.

Pero Dios ha impuesto un castigo más pesado que el miedo a los Papalagi: ha creado la lucha entre aquéllos que tienen poco o nada y aquéllos que lo tienen todo. Esta batalla es dura y violenta, y hace estragos día y noche. Es una disputa que todo el mundo sufre y que devora la alegría de vivir. Aquéllos que tienen mucho deberían dar una parte, pero no quieren hacerlo.

Los que no tienen quieren también algo, pero no consiguen nada. Además, rara vez son guerreros de Dios. Están formados principalmente por la gente que llegó demasiado tarde cuando el botín estaba siendo dividido, o por aquéllos que fueron demasiado torpes o no tuvieron la oportunidad de agarrar algo. Que ellos están robando a Dios, no entra en la mente de nadie. Y sólo alguna vez un viejo hombre sabio se levanta y apremia a la gente para que lo devuelva todo a las manos de Dios.

¡Hermanos!, ¿cuál es vuestra opinión de un hombre que tiene una gran casa, suficientemente grande para alojar a un pueblo samoano en su totalidad, y que no permite a un viajero pasar la noche bajo su techo? ¿Qué pensaríais de un hombre que tiene un manojo entero de plátanos en sus manos y que no está dispuesto a dar ni siquiera una simple fruta al hambriento que le implora? Puedo ver la ira fulgurando en vuestros ojos y el desprecio que viene a vuestros labios. Sabed entonces, que el Papalagi actúa de este modo cada hora, cada día. Incluso si tiene cien esteras, no dará siquiera una a su hermano que no tiene ninguna. No; él incluso reprocha a su hermano por no tener ninguna. Si su choza está repleta de comida hasta el techo, tanta que él y su aiga no se la pueden comer en años, no buscará a su hermano que no tiene nada para comer y se ve pálido y hambriento. Y hay muchos Papalagi pálidos y hambrientos. La palmera, al madurar, deja caer hojas y frutas. Los Papalagi viven como las palmeras que retienen sus hojas y frutas y dicen: «son mías».



¿Cómo podría un árbol como ése ni tan siquiera producir nueva fruta? Las palmeras son más sabias que los Papalagi. Entre nosotros también existen aquéllos que tienen más que otros y respetamos al jefe, que tienen muchas esteras y cerdos. Pero el respeto sólo se aplica a esa persona y no a sus esteras y cerdos, porque fuimos nosotros mismos quienes se las dimos, para mostrar nuestra felicidad y para rendir honor a su gran sabiduría y valor. Pero los Papalagi respetan a sus hermanos por sus muchos cerdos y esteras, y nunca consideran su sabiduría.

Un Papalagi sin cerdos o esteras rara vez o nunca es respetado. Como los cerdos y esteras no caminan por sí mismos hacia los pobres y necesitados, el Papalagi no ve la razón por la que debería él mismo llevarlos a sus hermanos. Porque por su hermano no tiene respeto, sólo por sus esteras y cerdos, y preferiría quedárselos. Si él amara y respetara a su hermano, y no viviera en conflicto sobre lo tuyo y lo mío, entonces le llevaría sus esteras para dividirlas y disfrutar su gran mío juntos, compartiría su propia estera, en lugar de perseguirle en la oscura noche.

Pero los Papalagi no se dan cuenta de que Dios nos ha dado palmeras, plátanos y nuestros preciosos taro, los pájaros del bosque y todos los peces del mar, para la felicidad y disfrute de todo el mundo. Y no sólo para unos pocos, mientras el resto sufre penalidades y necesidades.

Aquéllos que han sido bendecidos por Dios a manos llenas, deberían compartirlo con sus hermanos; de otro modo la fruta en sus manos se pudrirá. Porque Dios extiende su multitud de manos a todo el mundo. Él no quiere que uno tenga mucho más que otro, o que alguien diga: «Estoy de pie bajo un rayo de sol y tu debes permanecer en la sombra». Todos nosotros pertenecemos al rayo de sol.

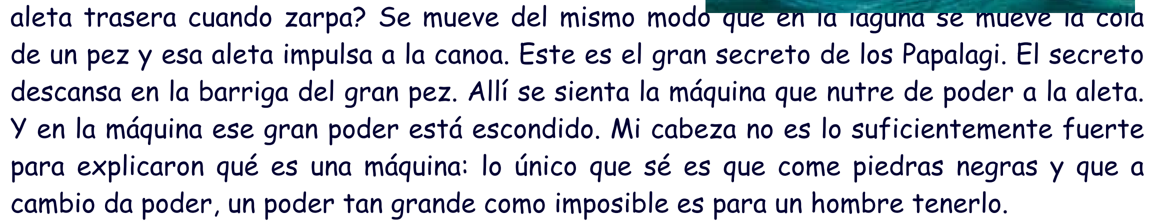
Cuando Dios guarda todo en sus manos, no hay disputas y no hay necesidad. ¡Ahora los ingeniosos Papalagi quieren hacernos creer que nada pertenece a Dios! ¡Cualquier cosa que podáis agarrar con vuestras manos os pertenece! Pero cerremos nuestras orejas a tal charla sin sentido y aferrémonos al sentido común: todo pertenece a Dios.

EL GRAN ESPIRITU ES MAS FUERTE QUE LAS MAQUINAS

Los Papalagi hacen muchas cosas que nosotros no podemos hacer, ni seremos capaces de hacer nunca, cosas que no comprendemos y que no tienen significado de cosa para nuestras cabezas, sólo pesadas píedras. Cosas que (ampoco queremos en absoluto poseer, pero que todavía son admiradas por los que son débiles entre nosotros, dándoles sentimientos de inferioridad fuera de lugar.

Es por esto por lo que queremos tener una discusión abierta sobre los asombrosos trucos del Papalagi. Los Papalagi tienen el talento de cambiarlo todo en su lanza o en su garrote. Toman el relámpago salvaje, el fuego ardiente y las aguas rápidas, y los hacen someterse a su voluntad. Los encierran y les dan órdenes. Y éstos les obedecen. Se convierten en fuertes guerreros para ellos. Los Papalagi son capaces de hacer al salvaje relámpago más rápido aún y más luminoso, al ardiente fuego aún más radiante y al agua aún más rápida de lo que ya era.

Realmente los Papalagi parecen ser los «quebrantadores de los cielos» (Aunque Papalagi significa hombre blanco extranjero, literalmente quiere decir quebrantador de los cielos. El primer hombre blanco que desembarcó en Samoa llegó en una embarcación a vela. Los nativos que le vieron aproximarse, pensaron que había una grieta en el cielo por la que el hombre blanco llegaba hasta ellos. Él rompió los cielos. En la mitología de los Maorís de Nueva Zelanda, los Papalagi son los de piel blanca que bajaron de los cielos en brillantes vehículos blancos), los mensajeros de los Dioses, a causa de su dominio sobre la tierra y el cielo.



El Papalagi es como un pez, un pájaro, un gusano y un c a tierra y a través del suelo cava túneles bajo los más an a por las montañas y rocas, ata cuerdas de hierro a sus p l más rápido caballo. Se mueve en el aire, ¡puede volar! l aire como una gaviota de mar. Tiene una gran canoa pa n para debajo. Hace surcar su canoa de nube en nube.

¡Amados hermanos! Las palabras que digo son la verdad , aun cuando vuestro sentido común os haga dudar de toc e las cosas de los Papalagi son muy grandes e impresionant e los nuestros queden impresionados ante tanto poder. ¿Y e contaros lo que mis ojos asombrados han observado?

Todos vosotros conocéis la gran canoa que es llamada o se parece acaso a un gigantesco pez? ¿Cómo le es posi a otra más rápido que el remo de nuestros jóvenes más fu e aleta trasera cuando zarpa? Se mueve del mismo modo que en la laguna se mueve la cola de un pez y esa aleta impulsa a la canoa. Este es el gran secreto de los Papalagi. El secreto descansa en la barriga del gran pez. Allí se sienta la máquina que nutre de poder a la aleta. Y en la máquina ese gran poder está escondido. Mi cabeza no es lo suficientemente fuerte para explicaron qué es una máquina: lo único que sé es que come piedras negras y que a cambio da poder, un poder tan grande como imposible es para un hombre tenerlo.

La máquina es el garrote más pesado que el hombre blanco tiene. Alimentadla con el más pesado árbol ifi del bosque y la máquina lo reducirá a pedazos, como una mujer golpeando taro para que sus niños coman. La máquina es el mago más grande de Europa. Su mano es fuerte y nunca se fatiga. Si se la impulsa puede cortar cien canoas, no, mil canoas en un día. La he visto tejer taparrabos tan finos y delicados como si estuvieran tejidos por las manos airosas de una doncella. Tejía desde la mañana hasta la noche, escupiendo taparrabos, ¡una pila entera! Nuestra fuerza no vale nada comparada con el poder de la máquina. Los Papalagi son magos. Cantad una canción para ellos y la cogerán e incluso os la devolverán en el momento que queráis. Ponen un trozo de cristal frente a vosotros y capturan vuestra imagen en él. Y miles de veces se puede quitar de allí vuestra imagen falsificada, tantas como queráis.

He visto aún milagros más grandes. Os conté que los Papalagi cogen el relámpago del cielo; esto es verdad. Lo cogen, la máquina se lo come y lo escupe otra vez por la noche, en forma de miles de pequeñas estrellas, luciérnagas, lunas pequeñas. Poca cosa sería para los Papalagi bañar nuestra isla de luz por la noche, así no sería mucho más oscuro que durante el día. A menudo mandan también estos destellos de luz en su propio servicio, les dicen dónde ir y los tienen llevando mensajes a sus hermanos en el extranjero. Y estos destellos de relámpago les obedecen y llevan el mensaje.

El Papalagi ha hecho todos sus miembros más fuertes. Sus manos se extienden hasta la

lejana costa del mar y a las estrellas, y sus pies dejan atrás al viento y a las olas. Sus oídos oyen cada murmullo en Siavii y su voz tiene alas como un pájaro. Sus ojos ven hasta en la oscuridad. Mira en el interior de sí mismo como si su carne fuera transparente como el agua, capaz de ver cada manchita en el fondo.

Todas las cosas de las que he sido testigo y que os estoy contando ahora, son sólo una pequeña parte de las que mis ojos han observado. Y dejadme deciros que los blancos se enorgullecen de trabajar todo el tiempo en milagros más suaves y poderosos, y gran número de ellos permanecen en pie toda la noche para encontrar más formas de burlar a Dios. Porque resulta que quieren vencer al Gran Espíritu y tomar posesión de sus poderes ellos mismos. Los Papalagi retan a Dios. Pero Dios es todavía más fuerte que los Papalagi, incluida su máquina más experta, y es todavía Dios el que decide quién muere y cuándo. El sol, el agua y el fuego obedecen aún primero a Dios. Y el hombre blanco no ha conseguido todavía regular la salida de la luna o la dirección del viento.

Ésta es la razón por la que esos milagros no son tan importantes. Y, mis amados hermanos, a aquellos habitantes de la isla que permiten ser deslumbrados por los milagros del hombre blanco, a aquéllos que rezan a los blancos a causa de sus acciones y a aquéllos que se llaman a sí mismos pobres e indignos porque sus mentes y sus manos no son capaces de hacer cosas como las suyas, a todos ésos yo les llamo débiles. Las artes y magias de los Papalagi pueden provocar mucha admiración ante nuestros ojos, pero cuando las ves a la luz brillante del día, no significan mucho más que tejer una estera o hacer un garrote; todo nuestro trabajo es como el juego de los niños en la arena. Porque nada de lo que el hombre blanco ha hecho puede hallar comparación con el trabajo del Gran Espíritu.

Las cabañas de los alii de alta cuna son maravillosas y primorosamente decoradas; se llaman palacios. Las altas cabañas que están erigidas en nombre de Dios son incluso más espléndidas y más altas que las montañas de Tofua2. Pero a pesar de todo esto son toscas y mal hechas, y carecen de la sangre de la vida, si las comparas con una flor de hibisco con sus encendidos pé talos rojos, o las comparas a la copa de una palmera o a un arrecife de coral, selva borracha de color y forma. El Papalagi nunca triunfó tejiendo sus ropas delicadamente como Dios hace a cada araña tejer su tela, y no hay máquina tan complicada como la diminuta hormiga de arena que habita en nuestras cabañas.

Os he dicho que los Papalagi vuelan sobre las nubes como pájaros. Pero las gaviotas vuelan aún más alto y más rápido que el hombre, y pueden también volar en una tormenta y tienen alas que nacen de sus cuerpos, mientras que las alas de los Papalagi son simplemente artificiales y se rompen y caen fácilmente. Por eso todos sus milagros tienen una débil mancha en alguna parte y no existe una simple máquina que no necesite un cuidador o un conductor.

Y todas ellas llevan una oculta maldición en su interior: una máquina puede hacer toda clase de cosas con sus fuertes manos, pero durante su tarea devora todo el amor que está presente en las cosas que hacemos con las nuestras. ¿Qué me importa una canoa que está fabricada para mí por una máquina, una fría máquina sin vida, que no es capaz de hablar sobre su producto, que no sonríe cuando el producto está acabado y que no puede llevar ese producto hasta su padre o su madre para que lo admiren? ¿Sería capaz de amar a mi canoa como ahora la amo, si una máquina pudiera hacerme otra en cualquier momento, sin mi intervención? Ésta es la gran maldición de la máquina: los Papalagi no aman ya nada porque la máquina puede hacerles algo nuevo en cualquier momento. Tienen que alimen tarla con la sangre de su propia vida para recibir a cambio sus milagros sin corazón.

El Gran Espíritu quiere extender y difundir los poderes del cielo y la tierra, él mismo a su

propia discreción. Ningún humano tiene derecho a hacer eso. Un hombre no puede esperar transformarse en pez o en pájaro, en caballo o en oruga, sin castigo. Sus ganancias son mucho más pequeñas de lo que él mismo se atrave a confesar. Cuando camino puedo ver todo mejor y mis amigos me invitan al interior de sus cabañas.

Alcanzar tu destino con rapidez es rara vez un beneficio real. Los Papalagi siempre quieren llegar al destino de sus viajes rápidamente. La mayoría de sus máquinas no tienen otro propósito que el rápido transporte de la gente. Pero cuando llegan al final de su viaje quieren inmediatamente seguir con otro. De esta forma los Papalagi corren agitadamente por la vida, perdiendo cada vez más la habilidad de caminar y correr, sin atrapar nunca sus destinos; el destino que viene a nosotros sin nosotros ir a buscarlo.

Por consiguiente os digo que la máquina no es más que un bonito juguete en manos de los grandes niños blancos y sus mañas no deben asustarnos. Los Papalagi no han inventado aún la máquina que les proteja de la muerte. Nunca hicieron o fabricaron algo que fuera más grande que las cosas que Dios fabrica o hace a cada hora. Ninguna máquina o magia ha alargado nunca la vida humana, o la ha hecho más feliz y más dichosa. Por eso atengámonos a los trabajos y prodigios de Dios, y despreciemos al hombre blanco que quiere jugar a ser él mismo Dios.

PROFESIONES DE LOS PAPALAGI Y LAS CONFUSIONES QUE DE ELLAS RESULTA

Cada Papalagi tiene una profesión. Es difícil decir exactamente lo que esto significa. Es algo para lo que se debe tener un gran apetito, pero parece ser que la mayor parte del tiempo falta. Tener la profesión significa hacer siempre las mismas cosas. Hacerlas tan a menudo que incluso podrías hacerlas con los ojos cerrados y sin esfuerzo alguno. Si mis manos no hicieran nada más que construir cabañas o tejer esteras, entonces mi profesión sería la de constructor de cabañas o tejedor de esteras.

Hay profesiones masculinas y femeninas. Lavar taparrabos en la laguna y abrillantar las pieles de los pies son profesiones femeninas; navegar en un barco por el mar y disparar a los pichones en el bosque son profesiones masculinas. Las mujeres generalmente abandonan sus profesiones cuando se casan, pero es realmente entonces cuando el hombre emprende la suya. Un alii otorga sólo su hija a un pretendiente que esté preparado para su profesión. Es norma que todo hombre blanco tenga su profesión.

Es por ello por lo que cada Papalagi tiene que escoger una profesión para el resto de su vida, al mismo tiempo que se le aplican sus tatuajes de pubertad. Ésta es una ocasión muy importante y una aiga le dedica tanto tiempo como a qué comer el día siguiente. Si por ejemplo escoge la profesión de tejedor de esteras, un alii lleva al chico a un hombre que no hace otra cosa que tejer esteras. Este hombre debe mostrar al muchacho cómo tejer esteras, enseñarle a tejer esa estera del mismo modo que él lo hace, sin mirar. A menudo el aprendizaje toma largo tiempo, pero cuan do lo domina deja al hombre y la gente dice que ya sabe un oficio.

El Papalagi tiene tantas profesiones como piedras hay en la laguna. Todo lo que hace lo convierte en una profesión. Cuando alguien recolecta las hojas del árbol, ejerce una profesión. Cuando alguien lava los cuencos de la comida, ejerce una profesión. Todo lo que hacen, con sus manos o con sus cabezas, lo llaman profesión. Es también una profesión el tener pensamiento y el mirar a las estrellas. Realmente no hay nada que un hombre pueda hacer que no sea convertido en profesión por los Papalagi.

Resulta que los Papalagi pueden únicamente hacer su propio trabajo y ni siquiera el jefe,

que posee mucha sabiduría en su cabeza y fuerza en sus brazos, puede subir su envuelve-cama de las vigas ni lavar él mismo los utensilios de comer. Y ocurre también que el hombre que puede escribir una fantástica tussi no es necesariamente capaz de navegar en una canoa, y viceversa. Tener una profesión significa sólo andar, sólo degustar, sólo oler, sólo luchar; siempre conocer una sola cosa. Ese saber-sólo-una-cosa es un grave peligro y una imitación, porque puede llegar un tiempo en que nadie sea capaz de remar una canoa a través de la laguna..

El Gran Espíritu nos ha dado manos para coger los frutos de los árboles, o para arrancar las raíces de taro de la ciénaga. Las hemos recibido para defender nuestros cuerpos contra nuestros enemigos y para darnos placer cuando tocamos, bailamos o en otros alborozos. Pero no las obtuvimos solamente para desgajar fruta de los árboles o para desenterrar raíces. Ellas deben ser nuestros criados y nuestros soldados todo el tiempo.

Pero los Papalagi no lo entienden. Nosotros podemos ver claramente que su modo de vida es equivocado y que está en claro desacuerdo con los deseos del Gran Espíritu, porque hay gente blanca que ya no puede caminar y que acumula grasa en la parte más baja de sus ancas, como los cerdos. Viéndose forzados por su profesión a estar sentados todo el tiempo, no pueden ya levantar ni tirar una lanza, porque sus manos pueden únicamente sostener el hueso-que-escribe y ellos están siempre sentados en la sombra, escribiendo tussi. Han llegado a ser incapaces de domar ponis salvajes, porque siempre están mirando a las estrellas o desentrañando sus propios sentimientos.



Sólo uno pocos Papalagi pueden todavía correr y saltar como niños, después de haber crecido. Cuando caminan arrastran los pies y se mueven como si continuamente estuviesen cargados. Niegan y ocultan su debilidad diciendo que correr, retozar y saltar está por debajo de la dignidad de un hombre con orgullo. Pero esto es hipocresía; como sus huesos se han endurecido y se han vuelto quebradizos, la felicidad ha abandonado sus músculos, porque están condenados a muerte por su trabajo. La profesión también es un aitu que destruye la vida; un aitu que murmura promesas dulces a los oídos de la gente y al mismo tiempo les chupa la sangre de sus cuerpos.

Las profesiones también hieren a los Papalagi en otro sentido y cada vez se distinguen más y más como aitus. Por ejemplo, es grande construir una cabaña, cortar los árboles y convertirlos en tablones, levantar las maderas, cubrirlas con el tejado y, finalmente, cuando los tablones y las vigas del techo están fuertemente atadas unas a otras con fibras de coco, cubrirlo todo con hojas secas y cañas de azúcar. No tengo que deciros que es una gran alegría cuando un pueblo construye una nueva cabaña para su jefe, compartiendo la alegría

también mujeres y niños.

Pero, ¿y si solamente se permitiese a unos pocos de nosotros ir al bosque a talar los árboles y a cortarlos en tablones? ¿Y si a aquéllos pocos se les prohibiera asistir al levantamiento de las maderas, porque su trabajo sólo es derribar árboles y cortar tablones? ¿Y si a la otra gente que ha levantado las maderas no se le permitiera asistir al entramado del techo porque su trabajo es sólo de instalador de maderas? ¿Y si a los hombres que han tejido los tejados no se les permitiera asistir a la colocación de las cañas de azúcar, porque tejedor de esteras es su profesión? ¿Y si a ninguno de ellos se les permitiera recoger de la playa los guijarros usados para el endurecimiento del suelo, porque ese sería el trabajo de aquellos cuya profesión es recolector de guijarros? ¿Y si sólo aquéllos que van a habitar la casa tomaran parte en las festividades de inauguración y todos los que han ayudado a construirla, no?

Os reís y con certeza diréis: si no se nos permitiera ayudar en todas las cosas que requieren nuestra fuerza masculina, la mitad de la diversión se habría ido; media diversión no ¡toda la diversión! Y él, que nos esperaba para usar nuestras manos para un único propósito, nos esperaba para hacer como si todos esos que han ayudado a construirla, no?

Os reís y con certeza diréis: si no se nos permitiera ayudar en todas las cosas que requieren nuestra fuerza masculina, la mitad de la diversión se habría ido; media diversión no, ¡toda la diversión! Y él, que nos esperaba para usar nuestras manos para un único propósito, nos esperaría para hacer como si todos nuestros miembros y nuestros sentidos estuvieran paralizados o muertos.

Ésta es la razón de la amargura de los Papalagi. Algunas veces es estupendo ir a buscar el agua de la ría, puede ser incluso agradable hacerlo un par de veces. Pero si debes transportar el agua de la salida a la puesta del sol, día tras día, cada hora hasta que falla tu fuerza, trayendo y trayendo, al final tirarás tu cubo con ira, amargado por la esclavitud de tu cuerpo. Porque no hay nada tan duro para un hombre como hacer la misma cosa una y otra vez.

Pero hay Papalagi para los que ir a buscar agua de pozo día tras día sería un motivo de alegría; hay unos que no hacen otra cosa que levantar sus manos y dejarlas caer otra vez, o llevar un palo, y tienen que hacer eso en un lugar mugriento donde ni siquiera el sol ni el aire fresco pueden penetrar, y ellos no hacen nada que requiera su fuerza o les reporte felicidad. Considerando la forma de pensar de los Papalagi, levantar tu mano y empuñar bastones es muy importante, porque quizás de ese modo pones la máquina en marcha o le das órdenes; ponla en marcha y así hace aros de yeso y escudos para el pecho, fabrica pantalones-vaina o algo parecido.

Hay más gente en Europa con el rostro gris ceniza que árboles hay en nuestras islas. Porque no obtienen ningún placer de su trabajo, porque su trabajo se come toda su alegría y porque nunca hacen nada por su propio gusto, ni siquiera una hoja, no importa cuánto tiempo trabajen. Por eso un odio latente anida en el interior de la gente con profesión.

Algo vive reprimido dentro de sus corazones, como un animal encadenado, rebelándose pero todavía incapaz de liberarse. Llenos de odio y envidia miran y comparan los trabajos de los otros entre sí. La gente habla sobre trabajos de clase más baja y más alta, aunque todos los oficios fuerzan a la gente a hacer sólo medio trabajo. Un ser humano no es sólo una mano, un pie, o una pierna, sino que es todo junto... Únicamente cuando todos los sentidos y todos los miembros trabajan juntos, puede el corazón de un hombre ser feliz y estar saludable, y no cuando se permite vivir únicamente a una parte y el resto de él tiene que hacerse el muerto. Esto engendra gente enferma y desesperada.

Los Papalagi viven en confusión con sus profesiones. Ellos no se dan cuenta de eso y en caso de que me oyeran hablar de este modo, seguramente me llamarían loco, porque yo habría juzgado sin haber tenido una profesión o haber trabajado un solo día como trabaja un europeo.

Pero esos Papalagi nunca han sido capaces de explicarnos o hacernos entender por qué debemos hacer más trabajo del que Dios nos pide para satisfacer nuestra hambre y proporcionarnos un tejado sobre nuestras cabezas, y para el disfrute de una fiesta y sus preparativos en la plaza del pueblo. Nuestras ocupaciones pueden parecer diminutas y carentes de las habilidades de un oficio, pero cada hombre de verdad y hermano de la isla hace su trabajo alegremente, y nunca con tristeza. Para eso preferiría no trabajar en absoluto.

Esto es lo que nos distingue de los Papalagi. El hombre blanco suspira cuando habla sobre su trabajo, como si estuviera siendo aplastado por su peso; sin embargo nuestros jóvenes caminan a los campos de taro cantando, y con una canción lavan las doncellas los taparrabos en el rápido arroyo. Con certeza el Gran Espíritu no nos desea con cabellos grises como resultado de algún trabajo, ni nos quiere arrastrándonos como una babosa de mar en la laguna, o como un sapo en la tierra. Nos quiere haciendo nuestras cosas orgullosos y erguidos, y que seamos gente de ojos felices y miembros flexibles. Siempre.

LOS LOCALES PSEUDOVIDA Y LOS MUCHO PAPELES

Ah, mis queridos hermanos del gran mar, si yo, vuestro humilde servidor, os contara exactamente todo lo que he visto en mi visita a Europa, os tendría que hablar durante horas. Mis palabras tendrían que ser como una rápida y fluida corriente, manando desde la mañana hasta la noche, y aún así la verdad no sería completa; porque la vida de los Papalagi es como el océano, cuyo principio y fin tampoco nosotros logramos descubrir. Tiene tantas olas como las grandes aguas, tempestea y se agita, se ríe y sueña. Del mismo modo que no es posible vaciar el mar con el hueco de vuestra mano, es imposible para mí llevar esa gran masa llamada Europa hasta vosotros, en el interior de mi cabeza.

Pero hay una cosa que no quiero dejar de contaros: la vida en Europa sin los locales de pseudovida y los muchos papeles es ya tan inconcebible como un mar que no tenga agua. Si vosotros les quitarais esas dos cosas, el Papalagi sería como un pez lanzado a la playa por una ola, solamente capaz de agitar sus aletas, pero no de nadar y de moverse como suele hacer.

¡Los locales de la pseudovida! No es fácil describiros un sitio semejante, esa especie de lugar que el hombre blanco llama cine; describirlo de tal modo que os dé una imagen clara. En la comunidad de cada pueblo, por toda Europa, tienen como un misterioso lugar, un lugar que casi hace soñar a los niños y llena sus cabezas de deseos ardientes.

El cine es una gran choza, mayor que la más enorme de las cabañas de un jefe de Upolu; sí, mucho, mucho más grande. Allí está oscuro, incluso durante el día, tan oscuro que nadie puede reconocer a su vecino. Cuando llegas te quedas cegado y cuando lo dejas lo estás aún más. La gente anda de puntillas en el interior, buscando, tanteando el camino a lo largo de la pared, hasta que una doncella viene con una centella de luz en su mano y les conduce a un lugar que está todavía sin ocupar.



Hay allí un Papalagi estrechamente próximo a otro, sin verse los unos a los otros, en una habitación oscura del todo y llena de gente silenciosa. Los presentes se sientan en unos tablones estrechos que están frente a una peculiar pared.

De la parte más baja de la pared se levantan un zumbido y un fragor fuerte, como si emergiera de un hondo barranco, y cuando vuestros ojos se han acostumbrado ya a la oscuridad, puedes ver a un Papalagi luchando con una caja. Él golpea con sus manos, con los dedos extendidos sobre las numerosas, pequeñas lenguas blancas y negras, que gritan cuando son golpeadas, cada una con su propia voz, dando como resultado los salvajes y alborotadores ruidos de una riña de pueblo.

Una confusión así tiene que narcotizar y engañar a nuestros sentidos, de modo que creamos

las cosas que veamos y no dudemos de la realidad de las cosas que están sucediendo. Justo enfrente de nosotros un haz de luz golpea la pared como si la luna llena brillara sobre ella, y en ese resplandor va apareciendo gente; gente real, que se parece y viste como un Papalagi normal. Se mueven y caminan, se ríen y saltan exactamente igual a como lo hacen por toda Europa.

Es como la luna reflejándose en la laguna. Podéis ver la luna, pero en realidad no está allí. Así es como sucede con esas imágenes. La gente mueve sus labios y juraríais que están hablando, pero no puedes oír ni una sílaba. No importa cuán atentamente escuches, y esto es horrible. No puedes oír ni una palabra. Es ésa probablemente la razón por la que el Papalagi golpea en la caja como lo hace. Quiere dar la impresión de que no puedes oír a aquella gente a causa del alboroto que hace. Por eso aparecen de vez en cuando letras en la pantalla, letras que enseñan lo que el Papalagi acaba de decir o va a decir.

Pero aún esa gente son pseudogente y no son reales. Si intentarais agarrarlos, averiguaríais que están completamente hechos de luz y es imposible ponerles la mano encima. La única razón para su existencia reside en que muestran al Papalagi su propia alegría y tristeza, su necesidad y debilidad. De este modo el Papalagi puede ver de cerca a los más bellos hombres y mujeres. Pueden ser silenciosos, pero él todavía puede ver sus movimientos y la luz en sus ojos, puede imaginarse que le miran y hablan con él.

Los más poderosos jefes, que nunca podría esperar ver, se encuentran con él como si fueran iguales. Participa en cenas y fiestas, fonos y otras actividades, pareciéndole estar allí en persona, compartiendo la comida y la fiesta. Pero también ve como un Papalagi se lleva a la chica de su aiga.

Mientras sus ojos ven muchos placeres y crueldades, el Papalagi tiene que permanecer sentado muy quieto, no se le permite despreciar a la muchacha que es infiel o ir al rescate del alii rico. Pero por eso no se molesta el Papalagi; él sólo se sienta allí a mirar, complacido y gozando como si no tuviera corazón en absoluto. No se pone furioso o indignado. Lo mira como si él fuera de una especie del todo distinta.

Porque los Papalagi que están sentados allí mirando están convencidos de que son mejores que aquéllos que ven en el haz de luz y que ellos nunca realizarán actos disparatados como los que allí se muestran. Sus ojos permanecen pegados a la pared, silenciosos y sin respirar, y cuando ven un corazón fuerte o una cara noble, se imaginan que es su imagen-espejo. Se sientan como congelados en sus tablones de madera, mirando fijamente a la pared uniforme donde nada está vivo, excepto el engañoso haz de luz, lanzado por un mago a través de una hendidura estrecha en la pared posterior, dando como resultado un punto en el que se puede ver mucha pseudovida.

Es para el Papalagi una gran alegría absorber esas engañosas pseudoimágenes. En la oscuridad puede participar de esa pseudovida sin avergonzarse y sin que otras personas sean capaces de ver sus ojos. El pobre puede jugar a ser rico y el rico puede jugar a ser pobre, los enfermos pueden imaginar que están sanos otra vez y los débiles, con fuerza. En la oscuridad todo el mundo puede conquistar y vivir cosas que nunca serían capaces de lograr en la vida real.

Ser absorbidos por la pseudovida ha llegado a ser una pasión para los Papalagi. Una pasión que ha crecido con tanta fuerza que a menudo se olvidan completamente de lo real. Esa pasión es una enfermedad, porque un hombre sano no querría vivir en cuartos oscurecidos, sino que desearía la vida real, cálida bajo el sol brillante. Como resultado de esa pasión muchos Papalagi están tan confundidos cuando dejan el cuarto oscuro que ya no son capaces de distinguir la vida real del sustitutivo y creen que son ricos, cuando en la vida real no

poseen nada.

O se imaginan que son hermosos, cuando tienen cuerpos feos, o cometen crímenes que nunca hubieran cometido en la vida real. Pero ahora cometen esos crímenes porque ya no distinguen realidad de fantasía. Todos vosotros conocéis ese estado propio de los blancos que han bebido demasiada kava europea y que imaginan entonces que están caminando sobre olas.

Los «muchos papeles» también llevan al Papalagi a un trance parecido ¿Qué quiero decir con eso de los «muchos papeles»? Tratad de imaginar una estera de «tapa», delgada, blanca y doblada, partida por la mitad y doblada de nuevo, estrechamente cubierta de escritura por todas partes, muy firmemente; así es como se ven los «muchos papeles». El Papalagi los llama periódicos.

En el interior de todos esos papeles, la sabiduría del Papalagi está escondida. Cada mañana y cada noche tiene que hundir su cabeza en ellos para rellenarla, para satisfacerla y asegurarse de que haya mucho en su interior y así pensar correctamente, del mismo modo que un caballo correrá mejor cuando lo alimentes con muchos plátanos y su cuerpo esté bien repleto. Cuando los alii están todavía dormidos en sus esteras, multitud de mensajeros están ya atravesando la tierra para distribuir los «muchos papeles».

Es la primera cosa que él coge cuando se ha desprendido del sueño. Sumerge los ojos en las cosas contadas por los «muchos papeles» y lee. Todos los Papalagi hacen eso, todos ellos leen... Leen lo que los grandes jefes y oradores de Europa han dicho durante sus fonos. Todo esto está cuidadosamente anotado en esteras, incluso cuando es una tontería. Los taparrabos que llevan son también descritos, incluso la comida ingerida por los alii; los nombres de sus caballos y si tienen pensamientos débiles o elefantiásicos.

Las cosas que allí cuentan sonarían en nuestro país a algo así: «El pule nuu (Juez) de Matautu se levantó esta mañana después de dormir bien toda la noche. Empezó el día comiendo el taro que había dejado el día anterior; después de eso fue a pescar y volvió a su cabaña por la tarde; allí se tumbó en su estera y recitó y cantó la Biblia hasta la caída de la noche. Su mujer, Sina, primero amamantó a su niño, después tomó un baño y, camino de su casa, se encontró una bonita púa-flor que colocó en su cabello; entonces continuó el camino a casa...» Etc.

Todo lo que sucede y ocurre, las cosas que la gente hace y deja de hacer, se hace público. Sus buenos y malos pensamientos, si matan un pollo o un cerdo, si construyen una canoa. Nada sucede en el país sin que sea inmediatamente repetido por los «muchos papeles». El Papalagi llama a eso «estar bien informado». Quieren saber todo, absolutamente todo, lo que sucede en su país. Del amanecer al ocaso. Se ponen furiosos cuando algo escapa a su atención. Ellos todo lo absorben, aun cuando se mencionen toda clase de cosas nauseabundas y espantosas, cosas que es mejor que sean pronto olvidadas para conservar la mente sana. Precisamente esas escenas horribles, en las cuales la gente se hiere, son reproducidas más exactamente y con mayor detalle que las escenas agradables, como si no fuera mejor y más importante relatar las cosas buenas y no las malas.

En cuanto lees el papel, no tienes que ir a Apolina, Manono o Savaii para saber lo que tus amigos están haciendo, qué están pensando y a qué fiestas han asistido. Él puede permanecer en su estera tranquilamente y los papeles se lo contarán todo. Esto puede parecer muy agradable y fácil, pero no es así en la realidad: cuando luego te encuentras a tu hermano y ambos habéis metido vuestras cabezas en los «muchos papeles», ya no tenéis nada nuevo o interesante que contaros el uno al otro, puesto que vuestras cabezas contienen ahora las mismas cosas.

Por eso ambos estaréis silenciosos o repetiréis las cosas que el papel acaba de contaros. Será siempre más grande estar allí en persona, compartiendo las alegrías del banquete y el dolor del fracaso, que tener que saberlo a través de las palabras de un total desconocido. Pero el mayor mal que los papeles hacen en nuestras mentes no reside en sus relatos, sino en sus opiniones; opiniones sobre los jefes, sobre los jefes de otros países, y sobre el hacer de la gente y qué es lo que sucede. Los papeles tratan de modelar cada cabeza a una forma, y esto se opone a mis creencias y a mi mente.

Quieren que todo el mundo comparta su cabeza y sus pensamientos y saben cómo llevar eso a cabo. Cuando habéis leído los papeles por la mañana, entonces sabéis exactamente lo que cada Papalagi lleva en su cabeza por la tarde y qué es lo que está pensando.

El papel es también una especie de máquina, fabricando cada día muchos pensamientos, muchos más de los que una cabeza normal puede producir. Pero la mayor parte del tiempo hace pensamientos débiles, carentes de dignidad y fuerza. Llenan nuestras cabezas con arena. Los Papalagi llenan sus cabezas hasta el borde con tan inútil papel comida. Incluso antes de que él haya tirado el viejo, ya está leyendo el siguiente. Su cabeza es como un mangle de pantano, sofocándose en su propio barro, donde nada fresco y verde crece, y sólo se levantan humos sulfurosos y los mosquitos punzantes zumban en círculos sobre la cabeza.

Los locales de pseudovida y los «muchospapeles» han convertido al Papalagi en lo que es ahora: un débil y perdido ser humano, que ama lo irreal porque ya no puede distinguir entre fantasía y realidad, que piensa que el reflejo de la luna es la misma luna y que los papeles prietamente impresos son la vida misma.

LA ENFERMEDAD DEL PENSAMIENTO PROFUNDO

Cuando la palabra «espíritu» sale de la boca de un Papalagi, sus ojos se dilatan, se vuelven redondos y saltones, su pecho se hincha, respira profundamente y permanece erguido como un valiente guerrero que ha vencido a su adversario. Porque el «espíritu» es algo de lo que él está muy orgulloso. Ahora no me refiero a nuestro poderoso Gran Espíritu, al que los misioneros llaman Dios y a cuya imagen estamos todos nosotros creados, sino a ese pequeño espíritu que pertenece al individuo y que forma sus pensamientos.

Cuando estoy aquí de pie, mirando el árbol del mango detrás de la Misión, veo entonces el árbol y no el espíritu. Pero al ver que es más grande que la Misión, mi espíritu está trabajando entonces. Por eso ver no es suficiente para mí. También tengo que conocer

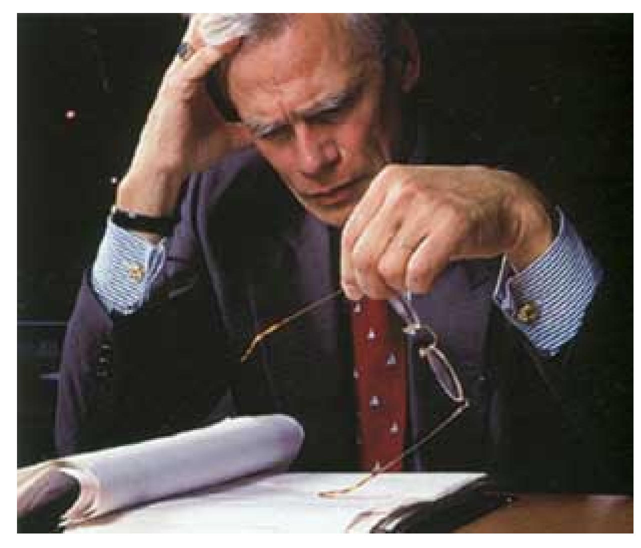
algo. Ese reconocimiento es practicado por los Papalagi, día y noche. Su espíritu siempre se comporta como un palo de fuego cargado o el lanzamiento de una caña de pescar. Por consiguiente, él nos compadece a nosotros, las gentes de las muchas islas, porque no practicamos el conocimiento. Cree que somos estúpidos y que estamos desposeídos como los animales salvajes en el bosque.

Puede ser cierto que nunca practicamos el conocimiento o, como dicen los Papalagi, «el pensar». Pero es cuestión evidente quién es el más estúpido: el que no piensa muy a menudo o el que piensa demasiado. Mi cabaña es más pequeña que la palmera. La palmera se inclina en la tormenta. La tormenta habla con voz profunda. Esta es la forma en que piensan, a su particular modo, naturalmente. Pero también piensan sobre sí mismos: yo soy pequeño; mi corazón siempre se pone contento cuando veo a una muchacha; me divierto mucho yendo de malagal, etc...

Todo esto puede estar muy bien y ser muy bueno; incluso puede comportar toda clase de provechos a aquéllos a los que les gustan esos juegos en el interior de sus cabezas. Pero los Papalagi piensan tanto, porque para ellos el pensar se ha convertido en un hábito, una necesidad y una carencia. Tienen que continuar pensando. Sólo después de muchas dificultades logran realmente no pensar y, en vez de esto, viven de una vez con su cuerpo entero.

A menudo viven únicamente con sus cabezas, mientras el resto de sus cuerpos está profundamente dormido, aunque caminen, hablen, coman y rían mientras tanto. Crear pensamientos (el fruto del pensar) le mantiene esclavizado, intoxicado por sus propias reflexiones. Cuando el sol está brillando, él piensa todo el tiempo cuán bellamente brilla. Pero cuando el sol brilla, es mejor no pensar absolutamente nada. Un hombre sabio extendería sus miembros a la cálida luz y no produciría ni un pensamiento mientras tanto.

Él no absorbería únicamente el sol en su cabeza, sino también con sus manos y pies, su estómago, sus tobillos y todos sus miembros. Dejaría que su piel y sus miembros pensaran por él, pues esas partes piensan también, aunque no del mismo modo que piensa la cabeza. Pero a menudo los pensamientos se yerguen en medio del camino del Papalagi como un gran pedregón de lava que no puede hacerse a un lado. Puede tener pensamientos felices, pero no le hacen reír, ni sus pensamientos más tristes le hacen llorar. Está hambriento, pero no va a por el taro o el palusami. La mayor parte del tiempo es un hombre cuyos sentidos viven en discordia con su espíritu, un hombre dividido en dos mitades.



La vida del Papalagi es muy parecida al viaje en bote de alguien a Savii, alguien que desde el

momento de zarpar está pensando: ¿cuánto tiempo me tomará llegar a Sauii? El piensa y no se da cuenta del amistoso panorama por el que está viajando. Por el lado izquierdo, percibe una cordillera. Tan pronto como la han visto sus ojos ya la ha encerrado en su mente. ¿Qué habrá detrás de esa montaña? Quizás un desfiladero estrecho y profundo.

Con todos esos pensamientos no puede unirse al cantar de los jóvenes remeros. Tampoco se da cuenta del parloteo feliz de las doncellas. Inmediatamente después de pasar la bahía con sus cordilleras, un nuevo pensamiento empieza a importunarle. ¿Se levantará una tormenta, antes de la caída de la noche? Sus ojos escrutan los claros cielos en busca de nubes. Todo el tiempo pensando en la tormenta que podría venir.

La tormenta no llega y al caer la noche llegan a Savii. Pero él tiene la sensación de que no ha hecho este viaje en bote, pues sus pensamientos han permanecido lejos de su cuerpo y lejos del bote. Podría perfectamente haberse quedado en su choza de Upolu. Un espíritu que es como una carga, yo lo considero un aitu, y para mí no está en absoluto claro por qué debo amarlo tanto. Los Papalagi aman al espíritu, lo adoran y alimentan con pensamientos de sus cabezas. Nunca lo matan de hambre, pero no les importa demasiado si un pensamiento devora a otro. Hablan sobre sus pensamientos con una veneración que hace que el valor de un hombre y la belleza de una doncella no valgan nada en comparación.

Se comportan como si el género humano estuviera destinado a pensar tanto, como si fuera una orden del mismo Gran Espíritu. Si la palmera y la montaña pensaran, al menos no harían tanto alboroto. Y si pensasen ruidosamente e incontroladas como los Papalagi, con certeza las palmeras no producirían tan bellas hojas verdes ni frutas doradas. Por ahora sabemos que pensar nos haría viejos y feos antes de tiempo. La fruta caería antes de madurar, pero lo más probable es que ellas no piensen en absoluto.

¡Y hay tantos modos de pensar y tantos objetivos que alcanzar con nuestras flechas de pensamiento...! Es un triste destino el del pensador cuyos pensamientos le llevan demasiado lejos. ¿Qué sucederá cuando de nuevo sea mañana? ¿Qué estará planeando el Gran Espíritu para mí, cuando llegue el Salafay (El mundo subterráneo (venidero))? ¿Dónde estaba yo antes de que el mensajero de Tagalao (Dios supremo de la mitología samoana) me trajese mi Agaga (El alma). Pensar así es tan inútil como tratar de ver con los ojos cerrados.

No es posible. Y no es posible pensar en tu camino hacia el futuro o hacia el final del pasado. Aquéllos que lo intenten lo averiguarán por sí mismos. Desde los días de su juventud hasta sus años maduros, dormirán como estorninos sobre un mismo e idéntico punto. Ya nunca verán el sol, ni el vasto mar, ni las adorables muchachas, ni la felicidad, nada, nada en absoluto. Ya no podrán siquiera probar el kava; sólo mirarán fijamente el suelo. No están vivos, pero tampoco están muertos. Han sido afligidos por la enfermedad del profundo pensar.

Ellos dicen que pensar así forma un talento elevado y fuerte. Si alguien en Europa piensa rápido y mucho, dicen: es un gran talento. En vez de sentir lástima por esos grandes talentos, los alaban mucho. Los pueblos les hacen sus jefes y dondequiera que un gran talento hace su aparición, tiene que explicar sus pensamientos en público, ante una gran multitud, y todos le consideran encantador y maravilloso.

Cuando un gran talento muere, el país entero se sumerge en el dolor y se alzan gemidos por aquél que les ha abandonado. Se hacen imágenes-espejo de roca y se exhiben en el mercado frente a los ojos de todo el mundo. Sí, esas cabezas de piedra se hacen mayores que el tamaño natural; así la gente las llenará de honor y se dará cuenta de la pequeñez de sus propias cabezas. Cuando preguntes a un Papalagi por qué piensa tanto, contestará: «Porque no quiero permanecer estúpido». Un Papalagi que no piensa es considerado una valea, aunque

en realidad sea mejor no pensar muy a menudo y con tranquilidad encontrar tu camino.

Pero personalmente estoy convencido de que sólo es un pretexto y que los Papalagi han tenido intenciones con sus pensamientos. Su verdadero fin es cazar los poderes del Gran Espíritu. Un fin al que dan el fantástico nombre de «investigación». Investigación significa mirar algo tan de cerca que chocas con ello, e incluso lo atraviesas con tu nariz. Este chocar y remover es un hábito repugnante y vil de los Papalagi. Ellos cogen a una escolopendra, la atraviesan con una pequeña lanza y le arrancan una pata. ¿A qué se parece esta diminuta pata separada del cuerpo? Rompe la pierna para medir su grosor.

Esto es importante, muy importante. Corta un fragmento de esa pata, tan pequeño como un grano de arena, y lo pone bajo un tubo largo que tiene la magia de hacerlo todo claramente visible. Todo lo investigan con ese gran ojo de mirar-agudo: tus lágrimas, un pedazo de tu piel, un cabello, todo, todo. Todas esas cosas son recortadas hasta que ya es imposible sacar otro objeto. Aunque ese objeto haya sido reducido al tamaño más pequeño posible, entonces se vuelve extremadamente importante, porque aquí empieza el profundo conocimiento acerca del cual sólo el Gran Espíritu no permite que sus secretos sean robados.

Y nunca lo hará. Nunca nadie ha logrado escalar más allá de la copa de la palmera... Siempre se tiene que volver porque ya no hay más tronco que escalar. El Gran Espíritu está también disgustado con la curiosidad de la gente y por consiguiente lo ha descubierto todo con enredaderas sin fin. Por eso todas las personas que siguen pensando, descubrirán que permanecen estúpidos y que deben dejar al Gran Espíritu las respuestas que no pueden encontrar.

Los más astutos y valientes Papalagi así lo admiten. No obstante, la mayoría de aquellos pervertidos-depensamiento son imposibles de curar de sus errores y así sucede que a menudo la gente se extraña por su pensar, como un hombre corriendo en círculos a través de la selva, sin dejar huellas. Se rompen la cabeza y lo que ha sucedido realmente es que no han podido distinguir entre bestia y hombre, diciendo que los humanos son animales y que los animales son humanos.

Esta es la razón por la que es tan peligroso lanzar inmediatamente todos esos pensamientos, verdaderos o falsos, a los muchos-papeles. Están impresos, dicen los Papalagi. Eso significa que se escriben los pensamientos de mucha gente enferma, incluso con la ayuda de una máquina misteriosa con miles de manos y con la fuerza de muchos jefes. Y no una vez o dos; no, muchas veces. Muchas, muchas veces, siempre las mismas cosas.



Muchas esteras cubiertas con pensamientos son apiñadas juntas en pequeños manojos. El Papalagi los llama «libros» y son enviados a todo el país. Y todo el mundo que absorbe pensamientos se contagia. Y aquellas esteras llenas de pensamientos son devoradas como plátanos dulces. En cada choza hay cajas completamente llenas de ellas, y jóvenes y viejos las mordisquean como una rata mordisquea una caña de azúcar. Por esto tan poca gente puede todavía pensar normalmente sobre las cosas de la naturaleza, como pueden todos los samoanos.

Del mismo modo, tanto pensamiento como sea posible es embutido en las cabezas de los niños. Se les fuerza a digerir cierta cantidad de esteraspensamiento cada día. Sólo los más sanos desechan de nuevo estos pensamientos inmediatamente o los dejan hundirse a través de un colador. Pero la mayoría de ellos sobrecargan sus cabezas con pensamientos de tal modo que ni un punto se deja abierto y ya jamás puede entrar un rayo de sol. A esto se le llama «educación» y es una cosa muy difundida.

Educación significa llenar la cabeza hasta el borde con conocimiento. Un hombre educado sabe lo alta que es la palmera, el peso de un coco, los nombres de todos los grandes jefes y cuántas guerras han hecho. De cada río, animal y planta sabe el nombre. Sabe todo, todo. Cuando le haces a un hombre educado una pregunta, disparará la respuesta directa hacia ti, antes de que puedas cerrar la boca. Su cabeza siempre está cargada con munición, lista para una salva. Cada europeo usa la mejor parte de su vida en transformar su cabeza en un rápido cañón de fuego. Al que trata de no cooperar lo fuerzan a hacerlo. Cada Papalagi debe saber y debe pensar.

La única forma de ayudar a aquellos pacientes del pensamiento a desechar sus ideas, es olvidando. Pero no les enseñan eso y así difícilmente nadie puede hacerlo. La mayoría de ellos llevan tantos pensamientos dentro de sus cabezas que carisan sus cuerpos y les hace débiles y marchitos antes de tiempo.

Y ahora, mis amados y no-pensantes hermanos, ¿realmente sentís la necesidad de imitar a los Papalagi y empezar a pensar como ellos? ¿Después de todas las verdades que os he contado? ¡No! Os lo digo. Porque nosotros no podemos ni debemos hacer nada que no haga a nuestro cuerpo más fuerte y a nuestros sentidos más refinados. Debemos ser cautelosos ante el que quiera robarnos los placeres de la vida, ante todo lo que oscurezca nuestro

espíritu y se lleve la brillante luz, y ante todo lo que separe la mente del cuerpo. Con su modo de vida los Papalagi prueban que pensar es una peligrosa enfermedad que disminuye la valía del género humano.

LOS PAPALAGI QUIEREN ARRASTRARNOS A SU OSCURIDAD

Mis queridos hermanos, hubo un tiempo en el que todos nosotros estábamos viviendo en la oscuridad y ninguno conocía la brillante luz de las estructuras. Entonces todavía vagábamos como niños perdidos que no pueden encontrar el camino de regreso a sus chozas, porque nuestros corazones no conocían el Gran Amor, y nuestras orejas permanecían aún sordas a las palabras de Dios.

Los Papalagi nos han traído luz. Ellos vinieron a nosotros para liberarnos de la oscuridad. Nos condujeron a Dios y nos enseñaron a amarle. Es por lo que les respetamos como portadores de la luz, como los hombres que nos hablaron del Gran Espíritu, al que los Papalagi llaman Dios. Reconocimos a los Papalagi como a nuestros hermanos y no los hemos echado de nuestro país, sino que hemos compartido toda nuestra fruta y pan con ellos,

como los hijos de un solo padre.

Los hombres blancos no han escatimado medios para traernos sus escrituras, incluso cuando nos hemos comportado como niños malos y no hemos resistido a sus enseñanzas. Siempre quedaremos agradecidos por sus problemas y sufrimientos en nuestro interés y siempre les respetaremos como nuestros portadores-de-luz.

La primera cosa que el misionero nos explicó fueron las formas de Dios y nos apartó de los viejos dioses, a los que él llamaba «falsos» porque en ellos no estaba presente el verdadero Dios. Por eso nosotros dejamos de adorar las estrellas de la noche, la fuerza del fuego y el viento, y buscamos a su Dios, el Gran Padre del cielo.



Después, a través de los Papalagi, Dios nos hizo abandonar nuestros palos de fuego y otras armas, para así vivir juntos como buenos cristianos. Pues todos vosotros conocéis la voluntad de Dios: «No matarás, sino que os amaréis los unos a los otros», que es el más elevado de sus pensamientos.

Obedientemente nosotros hemos abandonado nuestras armas y a partir de ese momento los destacamentos de ataque que destruían nuestras islas han cesado, y cada uno ama al otro como a un hermano. Nosotros aprendimos que los mandamientos de Dios eran buenos, porque ahora vivían pacíficamente un pueblo junto a otro, mientras antes estaban divididos y el caos y la agitación no tenían fin.

Incluso si el Gran Dios no está viviendo dentro de todo el mundo, podemos todavía proclamar la gratitud de que nuestras vidas han sido mejoradas desde que adoramos a Dios como el padre y todopoderoso soberano del mundo. Agradecidos y con devoción escuchamos sus palabras sabias y profundas que aumentan aún más nuestro amor y nos llenan también cada vez más con su Gran Espíritu.

Tal como he dicho, los Papalagi nos han traído la luz que se ha asentado en nuestros corazones ardientes y ha llenado nuestros sentidos de felicidad y gratitud. Ellos recibieron la luz más pronto que nosotros.

Los Papalagi conocían la luz incluso antes de que el más viejo entre nosotros hubiese nacido. Pero el Papalagi únicamente sostiene la luz en sus manos extendidas para dejarla brillar sobre otros; pero él mismo, su cuerpo, está toda vía en la oscuridad, y su corazón está lejos de Dios. Aun cuando él nombra a Dios con su boca, cuando la luz que lleva esté en sus manos.

Nada es más difícil y llena mi cabeza de mayor pesar que tener que deciros esto. Pero no podemos ni queremos ser cegados por los Papalagi; de otro modo nos arrastrarán a su

oscuridad. Ellos nos trajeron la palabra de Dios, pero fallaron al entender sus mensajes y enseñanzas. Con sus manos y bocas lo hicieron, pero no con sus cuerpos. La luz no les ha penetrado a pesar de brillar por fuera e iluminar todo a su alrededor. Una luz que algunas veces es llamada «amor».

No se dan cuenta de la falsedad de sus propias palabras y de su amor. Así podéis daros cuenta de que un Papalagi no puede decir «Dios» con todo su corazón. Cuando lo hace pone una cara como si estuviera cansado o aburrido. Pero cada hombre blanco se llama a sí mismo el hijo de Dios y tiene su fe confirmada en escritura sobre esteras.

Dios es todavía un extraño para ellos, aunque todos recibieron sus enseñanzas y lo conocen. Incluso aquéllos que se supone hablan sobre Dios dentro de sus monumentales cabañas, construidas en su honor, no llevan a Dios dentro de ellos y sus palabras se las lleva el viento al gran vacío. Los predicadores no llenan sus sermones con Dios y sus discursos son como el romper del oleaje sobre los acantilados: sigue y sigue, y nadie lo oye.

Puedo decir esto sin provocar la cólera de Dios; nosotros los niños de las islas no éramos peores que los Papalagi son ahora, cuando rezábamos a las estrellas y al fuego. Éramos malos y estábamos en la oscuridad porque no conocíamos la luz. Pero los Papalagi conocen la luz y son todavía malos, vagando en la oscuridad. Y lo peor es que se llaman a sí mismos los niños de Dios y cristianos, y quieren hacernos creer que son el fuego, cuando solamente son los portadores de la luz.

Un Papalagi rara vez piensa en Dios. Únicamente cuando una tormenta le amenaza o cuando teme que su lámpara de la vida cese de arder; entonces recuerda que existen poderes más fuertes que él y que le gobiernan. A la luz del día, Dios estorba sus particulares hábitos y vicios. Sabe que Dios nunca perdonaría estos vicios y que debería postrarse en la arena si realmente Dios estuviese dentro de él, pues él está lleno de lujuria, odio y animosidad. Su corazón se ha transformado en un afilado anzuelo, solamente bueno para el robo, en lugar de ser una luz que conquiste la oscuridad y le conduzca lejos del frío.

El blanco se llama a sí mismo cristiano. Una palabra como una bella melodía. Un cristiano. ¡Oh, si pudiéramos llamarnos eso siempre! Ser cristiano significa amar a Dios y a tu hermano, y solamente entonces amarte a ti mismo. Amar, hacer lo que es correcto, debe ser parte de nosotros como nuestra sangre, nuestra cabeza o nuestras manos. Los Papalagi llevan las palabras «Dios», «amor» y «cristiandad» solamente en sus labios.

Las ponen sobre sus lenguas y las dejan retumbar. Pero sus corazones y su amor no se inclinan ante Dios, sino ante objetos y ante las máquinas. No están llenos de luz, sino de un deseo glotón por el tiempo y por la insensatez de sus profesiones. Están diez veces más ansiosos por visitar los locales de pseudovida que por emprender la búsqueda de Dios, que está lejos, muy lejos.

Queridos hermanos, justamente ahora el Papalagi tiene aún más ídolos que nosotros teníamos, si entendemos por ídolo algo que adoras además de a Dios y que llevas en tu corazón como tu más preciada posesión. Dios no es el bien más precioso que el Papalagi lleva en su corazón. Por esto no obedece sus deseos, pero sí aquellos de un aitu. Os digo esto como resultado de mis pensamientos: los Papalagi nos han traído las escrituras como una especie de objeto de trueque, para cambiarlas por fruta y por las mejores y más bellas partes de la isla. Creo que son muy capaces de eso, pues he descubierto muchos sucios pecados en los corazones de los Papalagi y sé que Dios nos ama más de lo que les ama a ellos, que nos llaman salvajes, palabra que trata de evocar imágenes de animales con colmillos, carentes de toda alma.

Pero Dios tomó sus ojos y los abrió desgarrándolos para hacerles ver. Dios dijo a los

Papalagi: no podéis vivir de cualquier modo que queráis. A vosotros ya no os haré más mandamientos. Entonces el hombre blanco vino y se mostró en su verdadera forma. ¡Oh, desgracia! ¡Oh, terror! Con voces rugientes y palabras orgullosas nos quitaron nuestras armas y, como Dios, dijeron «amaos los unos a los otros» ¿Y ahora? ¿Habéis oído las terribles noticias? ¿Esas noticias blasfemas, amargas y sin amor? ¡Europa está ocupada asesinándose! Los Papalagi se han puesto frenéticos. Uno está matando a otro. Todo se está destruyendo en sangre, miedo y terror. Al fin los Papalagi han admitido que Dios no está con ellos. La luz que llevaba en sus manos se ha ido, la oscuridad está en su camino, nada se oye salvo el aterrador batir de las alas del murciélago y el ulular de los búhos.



Hermanos, mi amor por Dios y por todos vosotros me posee; por esa razón Dios me dio mi pequeña voz, para contaros todas estas cosas que os he dicho. De modo que permaneceremos firmes en nuestro interior y no seremos seducidos por la lengua fluida y rápida de los Papalagi. Cuando vuelvan, mantengamos nuestros brazos frente a nuestros ojos y gritémosles que silencien sus voces estrepitosas, porque a nosotros sus voces nos suenan como el rugir del oleaje y el silbar de las palmeras, pero a nada más. Y mientras no tengan rostros fuertes y felices, y desde sus brillantes ojos la imagen de Dios no irradie como el sol, dejémosles permanecer lejos.

Dejémonos de promesas y gritémosles: «Permaneced lejos de nosotros con vuestros hábitos y vuestros vicios, con vuestra loca precipitación por la riqueza que traba las manos y la cabeza, vuestra pasión por llegar a ser mejores que vuestros hermanos, vuestras muchas empresas sin sentido, vuestros curiosos pensamientos y el conocimiento que no conduce a nada, y otras tonterías que dificultan vuestro sueño en la estera. Nosotros no tenemos necesidad de todo eso: somos felices con los placeres agradables y nobles que Dios nos ha dado para no ser cegados por su luz y que pueda ayudarnos para que no nos perdamos, y brille siempre en nuestro camino de tal modo que podamos seguir su senda y absorber su maravillosa luz, que significa amarse los unos a los otros y llevar mucha fafola en nuestros corazones».